

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

LIMA – PERÚ

SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

Nihil Obstat
P. Ricardo Rebolleda
Vicario provincial del Perú
Agustinos Recoletos

Inprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: LA IGLESIA DEL JAPÓN

- 1.- La evangelización del Japón.
- 2.- Las persecuciones.
- 3.- Algunos medios para quitar la fe.
- 4.- Mártires de 1597.
- 5.- Siguen los martirios.
- 6.- Maravillas de Dios.
- 7.- Los apóstatas.
- 8.- Cristianos sobrevivientes.
- 9.- La Iglesia actual.

SEGUNDA PARTE: VIDA DE SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

- 10.- Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio.
- 11.- Prisión y tormentos.
- 12.- Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás.
- 13.- Mártires terciarios agustinos recoletos.
- 14.- Relación de los autores dominicos.
- 15.- Relación de los autores agustinos recoletos.
- 16.- Algunas diferencias.
- 17.- Proceso de Macao.
- 18.- Resumen de su vida.
- 19.- Magdalena de la alegría.
- 20.- Himno a santa Magdalena de Nagasaki.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En todas las épocas de la historia de la Iglesia ha habido persecuciones contra los católicos, que han producido millares de mártires. En los tres primeros siglos sólo en el imperio romano hubo más de 100.000 mártires, que dieron su vida por amor a Jesucristo.

En el Japón entre los siglos XVI y XIX hubo cerca de 30.000. Una verdadera gesta de fe, una maravilla de la gracia de Dios, ya que solamente Dios puede dar fortaleza para sufrir los más atroces tormentos como se dieron en Japón.

En el siglo III Tertuliano decía en su *“Apologeticum”*: *Llegamos a ser más numerosos cuando somos segados, pues la sangre de los mártires es una verdadera semilla*¹. San Agustín también insiste en la misma idea: *En la medida que mueren los mártires, se ha multiplicado más y más la Iglesia entre todos los gentiles*².

En el Japón a los pocos años de la evangelización eran ya 500.000 católicos en una población de 20 millones de habitantes. Pero la persecución fue tan inexorable que quedaron sin sacerdotes por más de 200 años y los cristianos fueron perseguidos sin piedad durante cuatro siglos. La hermosa cristiandad del siglo XVI y principios del XVII quedó reducida a unos 20.000, que aparecieron en 1865 y que habían vivido en la clandestinidad transmitiéndose la fe de padres a hijos. Realmente, un verdadero milagro de Dios.

Pero podemos preguntarnos, ¿por qué a pesar de tantos mártires, no ha florecido la Iglesia en el Japón? Es un misterio de Dios. Lo que sí podemos decir es que tantos martirios no fueron inútiles para la Iglesia. Dios sabrá a quién han beneficiado o beneficiaran, dónde y cuándo. Es uno de los secretos de Dios en la historia. Nosotros sólo podemos renovar nuestra fe y confianza en el futuro de la Iglesia del Japón, pues pocas Iglesias la igualan en el número y fervor de sus mártires.

Uno de estos ilustres mártires fue santa Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta, que a sus 22 años padeció el tormento de las cuevas o de la fosa, el tormento más insoportable inventado por el hombre. Y permaneció en él durante catorce días por el poder de Dios. Y hubiera permanecido más, si no se hubiera ahogado. Pero lo más sorprendente fue que, a pesar de sus tormentos,

¹ PL I, p. 535.

² PL 36, p. 454.

cantaba himnos a Dios, estando boca abajo en una hoya sangrando por la cabeza. Lo hacía con una voz que todos dicen que no parecía de este mundo. Y era tanto su amor a Dios y la emoción que despertaban sus canciones, que podemos llamarla la *santa Cecilia japonesa*. Podía ser también como ella patrona de los músicos que cantan a Dios, ya que toda su vida podemos considerarla un canto de amor a Dios, y a ella podemos llamarla *Magdalena de la alegría*.

ACLARACIONES

Al citar *ARSI* nos referimos al Archivo Romano de la Compañía de Jesús en Roma. Normalmente se añadirá Sec Japón-China para referirse a los documentos de la sección China y Japón.

Al anotar *Bullarium OAR*, hacemos referencia al *Bullarium*, volumen II, de la Orden de agustinos recoletos, que comprende los documentos del año 1623 al 1683. Está impreso en Roma el año 1961.

Historia general OAR, nos lleva a la *Historia general de los religiosos descalzos de la Orden de los ermitaños del gran Padre San Agustín*, tomo II, publicada por el padre fray Luis de Jesús, de la misma Congregación, en Madrid en 1681.

Al citar la *Breve Relación del padre Francisco de Paula*, dominico, escrita en 1636, lo hacemos con referencia a la *Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de predicadores en Filipinas, Japón y China*, publicada por el padre Diego Aduarte en Manila en 1693.

PRIMERA PARTE

LA IGLESIA DEL JAPÓN

1. LA EVANGELIZACIÓN DEL JAPÓN

San Francisco Javier fue el primer evangelizador del Japón. Llegó el 15 de agosto de 1549. Él escribió: *Desconfiamos de nuestras fuerzas, poniendo toda nuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor y en la sacratísima Virgen santa María su madre, en los nueve coros de los ángeles, tomando por particular valedor entre todos ellos a san Miguel arcángel, príncipe y defensor de toda la Iglesia militante. Confiamos mucho en este arcángel, al cual le es encomendada en particular la guarda de este gran reino de Japón, encomendándonos todos los días especialmente a él, y juntamente con él a todos los otros ángeles custodios que tienen los japoneses*³.

El padre Torres que lo acompañó al Japón escribió: *El padre Francisco, con el gran fuego de caridad que tiene en el servicio de Dios y en la manifestación de su santa fe católica, ni los fríos, ni el miedo a esta gente desconocida pudieron tanto que dejase de tomar un camino tan peligroso. Peligros en el mar de muchos ladrones que están aguardando los navíos que van y vienen por ciertos pasos. Muchas veces, llegando a posadas muertos de frío y de hambre y mojados sin hallar en ellas consolación alguna. Muchas veces por las grandes nieves y fríos, teniendo las piernas hinchadas, resbalando por la asperidad muy grande de los caminos, llevando el hato a cuestras. Y muchas veces apedreados por los muchachos, predicaban y manifestaban nuestra fe católica*⁴.

Salió del Japón en noviembre de 1551 con cuatro compañeros japoneses. Al partir dejaba más de dos mil convertidos que quedaban al cuidado del padre Cosme Torres y del hermano jesuita Juan Fernández.

Desde la llegada al Japón de san Francisco Javier hasta 1593 sólo estaban los padres jesuitas. En 1593 llegaron los franciscanos. Los dominicos y agustinos en 1602 y en 1623 los agustinos recoletos. En 1587 había ya 200.000 cristianos. Diez años más tarde eran 300.000 y en 1614 ya eran 500.000 en una población de 20 millones de habitantes. El llamado siglo cristiano abarca los años 1549 a 1640.

³ Carta desde Kagoshima del 5 de noviembre de 1549.

⁴ Schurhammer Georg, *Francisco Javier, su vida y su tiempo*, Ed. Gobierno de Navarra y Compañía de Jesús, Pamplona, 1992, tomo 4, p. 345.

Pero pronto comenzaron las persecuciones. La primera fue en 1587. El año 1614 fue el año de la expulsión de los misioneros.

A partir de la expulsión de los misioneros en 1614 quedaron ocultos 27 jesuitas, 7 dominicos, 7 franciscanos y 1 agustino con 5 sacerdotes del clero secular japoneses. Los demás habían sido expulsados a Macao o Filipinas. A partir de ese año, casi todas las iglesias quedaron destruidas y abandonados todos los ministerios, viviendo en la clandestinidad. Sin embargo, todavía en 1630 había en Japón 500.000 cristianos. Muchos habían apostatado, pero después habían sido recibidos como arrepentidos. Poco a poco fueron disminuyendo por el miedo a los tormentos, ya que el ser cristiano se penaba con la muerte y no había nuevas conversiones. Esto se agravó desde 1644, en que ya no quedó ningún misionero activo en el país.

2. LAS PERSECUCIONES

Las causas de las persecuciones fueron varias: los ingleses y holandeses sembraban sospecha y rechazo hacia los portugueses, provenientes de Macao, y hacia los españoles, provenientes de Filipinas. También el temor de algunas autoridades japonesas a una invasión, pensando que los misioneros eran espías. Otra causa fue la inquina de los bonzos budistas, que indispusieron a las autoridades contra los cristianos; lo cual no quita que todos los mártires murieran por defender su fe católica.

Entre los mártires había nobles samuráis, autoridades civiles, artesanos, profesores, literatos, campesinos, ex-bonzos convertidos, esclavos y prisioneros de guerra de Corea convertidos, leprosos... En una palabra, estaban representadas todas las clases sociales. Entre los mártires misioneros había portugueses, españoles, italianos, mexicanos, y algunos nacidos en Flandes, Francia, Filipinas, Polonia... En total los misioneros mártires fueron 149. De ellos 55 jesuitas; 36 franciscanos; 38 dominicos y 20 agustinos. El número de mártires se calcula entre 5.000 y 10.000 más los 20.000 de Shimabara, del año 1638.

Shimabara está situada al este de Nagasaki. Los campesinos, casi todos cristianos, soportaban unos impuestos insoportables y a los que no pagaban les quitaban las mujeres o hijas, torturándolas o teniéndolas prisioneras como rehenes. La revuelta de los campesinos comenzó el 12 de diciembre de 1637 como consecuencia de un acto cruel del lugarteniente Miwake, colector de las tasas. Hizo detener a la hija de un campesino insolvente, la expuso desnuda al público, quemó sus partes con hierros candentes y la quemó viva. El padre reunió a un grupo de campesinos y mató a Miwake y a 30 colaboradores suyos.

Entonces el ejército imperial se lanzó a la lucha para castigar a los rebeldes, que se hicieron fuertes en el castillo de Hara. A principios de 1638 el ejército imperial reunió más de 100.000 samuráis según algunos. Otros hablan de 200.000. La mayoría de los rebeldes eran cristianos, pero también había campesinos paganos. Se les exigió rendirse y abjurar de la fe a los cristianos. Tomaron al asalto el castillo de Hara y mataron a todos los rebeldes, unos 16.000.

Después de la batalla, el 14 y 15 de abril de 1638, el ejército se lanzó a la caza de cristianos, matando unos 10.000 entre ancianos, mujeres y 10.000 niños pequeños. Todos ellos pueden ser considerados verdaderos mártires por haber muerto por odio a la fe.

A pesar de que en el Japón hubo muchos apóstatas por el miedo a los tormentos o a lo que harían a sus familias, lo cierto es que hubo miles de mártires que iban cantando al martirio, repitiendo los nombres de Jesús y María. En algunos casos Dios manifestó su poder con señales milagrosas como veremos. Era conmovedor ver a madres gestantes o con niños pequeños afrontar el martirio. Con frecuencia eran familias enteras, los padres con los niños, y todos cantaban himnos. Ciertamente sólo una fuerza sobrenatural podía hacerles capaces de afrontar la muerte y los tormentos cantando. Todo lo cual es una prueba más del poder de Dios y la verdad de nuestra fe.

En Arima había una Congregación mariana llamada *de los mártires*, que en el año 1612 afiliaba a más de 3.000 cristianos, que se comprometían a aceptar el martirio antes que renegar de la fe. Aceptaban también a los renegados arrepentidos. Esta Congregación estaba fundada en varias ciudades japonesas.

Muchos de los martirios fueron referidos con nombres y fechas por los religiosos de distintas Órdenes en cartas a sus Superiores. Entre los jesuitas son conocidas las *Cartas Annua*, que escribían todos los años, entre otros los padres Cristóbal Ferreira, Mateo de Couros, Gianbattista Porro, João Rodrigues, Giram, Pedro Morejón..., y se encuentran en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús de Roma (ARSI).

3. ALGUNOS MEDIOS PARA QUITAR LA FE

Para quitar la fe a los cristianos, un medio que usaron fue *quitarles a los fieles la hacienda y plata, dejándoles tan pobres que no alcanzaban un puño de arroz para sustentarse los que antes estaban muy ricos. Otro fue que ningún cristiano oficial trabajase en su oficio, con que morían de hambre sin remedio. Por último, mandando que no se alquilase casa a portugueses ni sangleyes (marineros chinos) ni los comunicasen (ni se comunicasen con ellos). Y finalmente con escribir todos los cristianos por sus nombres, edades y señas, publicando que presto habían de acabar a sangre y fuego. Por lo cual, estaban todos aguardando la muerte*⁵.

Cuando los llevaban a la cárcel, los metían en jaulas con un techo tan bajo que no podían ponerse de pie. Antes de meter al prisionero en la jaula le quitaban todo lo que tenía. Muchos estaban completamente desnudos y otros sólo tenían un quimono puesto. La jaula no tenía ventanas y sólo había una pequeña puerta por donde introducían el alimento y la bebida. Las jaulas tenían 4 ó 5 prisioneros. Estaban dentro apiñados como sardinas, siempre sentados, pues no había lugar para acostarse ni para estirar las piernas. Se les prohibía cortarse el pelo y las uñas, de modo que cuando los sacaban para la ejecución, les llegaba la cabellera hasta la cintura y las barbas sucias y desordenadas. A un lado de la jaula, había un cubo donde hacían sus necesidades, pero algunos prisioneros no tenían fuerzas para llegar a él y el hedor de las inmundicias era realmente insoportable.

Como comida recibían al día una escudilla de arroz amazotado e insípido y dos vasos de agua. A veces incluían una sardina. Muchos prisioneros morían de hambre, de sed o disentería. Eso sin contar que la humedad del ambiente favorecía la aparición de piojos y de toda clase de parásitos. Además del mucho frío en invierno o del tremendo calor en verano.

A los que denunciaban a los cristianos, especialmente a los misioneros, se les daba una recompensa. Esto daba lugar a no poder fiarse de los falsos hermanos que habían renegado de la fe. Por ello muchos cristianos debieron ir a vivir a los montes, pasando toda clase de calamidades.

Llegaron los tiranos a prohibir rigurosamente que a ningún forastero ni caminante diesen de día ni de noche posada, si fuese cristiano y, si alguno, tropezando o por otra cualquier causa decía: “Jesús”; o llamaba a la Virgen María, luego los infieles o renegados le iban a acusar. Y eran por ello los acusadores premiados y no quedaban sin gravísimo castigo los fieles. Nadie,

⁵ Historia general OAR, p. 185.

aunque lo fuese, se atrevía a llamarse con nombre de cristiano, porque éste era bastante delito para hacerle volver a renegar y darle grandes penas...

Nadie puede recibir (a los misioneros) en sus casas porque, aunque no faltan algunos que tienen buena voluntad, no pueden fiarse de los criados; y los vecinos lo estorban, porque en cogiendo a un religioso en una casa, juntamente matan a los de las cinco vecinas ⁶.

El holandés Caron, protestante, nos dice: Al principio los creyentes cristianos eran decapitados, después crucificados, lo cual era considerado un castigo pesado. Sin embargo, viendo que muchos de ellos morían con alegría y placer, incluso cantando en el lugar de la ejecución, y que, aun sacrificando grupos de 30 e incluso de 100 a la vez, los cristianos no tendían a disminuir, se determinó cambiar su alegría en pena y sus cantos en lágrimas y en lamentos de miseria. Para ello eran atados a columnas y quemados vivos; asados en parrillas de madera, de tal manera que miles fueron infelizmente sacrificados. Dado que el número de cristianos no disminuía perceptiblemente con estos crueles tormentos, se cansaron de condenarlos a muerte y trataron de hacerlos apostatar aplicándoles los más horribles tormentos que la más diabólica invención puede sugerir. Se estruja el corazón al oír otras abominables e inhumanas atrocidades cometidas y la pluma rehúsa recordarlas.

Los cristianos japoneses, sin embargo, soportaron la persecución con grande firmeza y coraje. En comparación de aquellos que permanecieron firmes en la fe, fueron pocos los que cedieron ante los tribunales y abjuraron de su religión. Ni hombres ni mujeres tenían miedo de la muerte. En verdad, hace falta una firmeza en la fe poco común para continuar en estas difíciles circunstancias.

Una vez al año se hace una general pesquisa en todo el territorio del imperio. Todos los cristianos son reunidos en las pagodas donde tienen que rubricar con su sangre que son verdaderos japoneses y que no son cristianos; o, si son cristianos, tienen que abjurar de su fe. No obstante, esta medida no ha producido los frutos que esperaba el emperador y no pasa año en que no sean martirizados centenares de cristianos ⁷.

El protestante Richard Kick escribió en una carta el 20 de marzo de 1620: Este gobierno del Japón es el tirano más grande y más poderoso que ha conocido el mundo... Gran enemigo de los cristianos, el emperador condena a muerte a todos aquellos que descubre. Yo mismo he visto martirizar en Meca (Kyoto) a 55 de un golpe y entre ellos a dos niños de 5 ó 6 años, quemados vivos

⁶ Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de los predicadores, tomo I, p. 686.

⁷ Murdoch James, *A history of Japan*, vol II, Kobe, 1903, p. 635.

*entre los brazos de su madre, que exclamaba: “Jesús, recibe sus almas”. Hay muchos en la cárcel esperando de un momento a otro la muerte, porque son pocos los que vuelven a los ídolos*⁸.

4. MÁRTIRES DE 1597

El emperador Hideyoshi, en la noche del 24 al 25 de julio de 1587, ordenó la expulsión de los jesuitas. Felizmente dio largas a la ejecución del edicto después de obligar a los jesuitas a esperar la salida de unas naves, que finalmente no los transportaron a Macao. Pero ya estaban las cosas cada día más difíciles para los cristianos, que no eran bien vistos por las autoridades a causa de la animadversión que les inculcaban los bonzos y por las insinuaciones de los mercaderes holandeses, que eran enemigos y competidores de españoles y portugueses.

Las cosas se complicaron en 1596 con el incidente del galeón San Felipe, que salió de Manila en dirección a Acapulco, pero una tempestad lo hizo naufragar frente a las costas del Japón. En él iba un dominico, cinco agustinos y dos franciscanos. Al enterarse Hideyoshi que el galeón llevaba un tesoro de barras de plata, decidió apropiárselo, aunque se indispusiera con las autoridades españolas. Manifestó su cólera por la presencia de los religiosos españoles en el barco y ordenó el martirio de 26 cristianos⁹.

El 5 de febrero de 1597 fueron martirizados en la ciudad de Nagasaki 6 religiosos franciscanos y 17 terciarios de su Orden, junto con tres jesuitas (el padre Pablo Miki, japonés, y dos hermanos coadjutores). Fueron crucificados y luego alanceados. Entre estos 26 mártires estaba Tomás Cosaki de 14 años, Antonio de Nagasaki de trece y Luis Ibarche de once. Entre los religiosos franciscanos, cuatro eran españoles; Felipe de las Casas era corista nacido en México; Gonzalo García, nacido en el reino de Can, de la India.

Según los testigos del martirio, los miles de cristianos presentes pudieron conseguir reliquias de sus vestidos. Lo maravilloso fue que sus cuerpos, después de muertos, exhalaban un suavísimo perfume, de modo que el entusiasmo de los fieles llegó hasta recoger tierra empapada con su sangre como reliquias en reconocimiento de su santidad; y Dios comenzó a obrar por medio de ellos señales extraordinarias.

⁸ Murdoch James, *A history of Japan during the Century of early foreign intercourse (1542-1651)*, Nagasaki, 1908, p. 635.

⁹ Ver la Relación escrita por el jesuita Pedro Gómez, testigo de vista del martirio. ARSI, Sec Japón-China 52, pp. 270-311.

*Los portugueses (presentes al martirio) quedaron muy edificados de las palabras con que los padres murieron en las cruces; unos cantando himnos y salmos, otros pidiendo a Dios perdón por los que les quitaban la vida. Éstos diciendo: “En tus manos encomiendo mi espíritu”; aquéllos, abrazándose tiernamente a las cruces y proclamándose indignos de tanto favor. Todos en suma, expirando como santos*¹⁰.

Un contemporáneo, testigo del martirio, escribió: *Pablo Miki, nuestro hermano, al verse en el púlpito más honorable de los que hasta entonces había ocupado, declaró en primer lugar a los circunstantes que era japonés y jesuita y que moría por anunciar el evangelio, dando gracias a Dios por haberle hecho beneficio tan inestimable. Después añadió estas palabras: “Al llegar este momento, no creerá ninguno de vosotros que me voy a apartar de la verdad. Pues bien, os aseguro que no hay más camino de salvación que el de los cristianos. Y como quiera que el cristianismo me enseña a perdonar a mis enemigos y a cuantos me han ofendido, perdono sinceramente al rey y a los causantes de mi muerte y les pido que reciban el bautismo”... Un cristiano le gritó que estaría en seguida en el paraíso. Luis hizo un gesto con sus dedos y con todo su cuerpo, atrayendo las miradas de todos. Antonio, que estaba al lado de Luis, fijó los ojos en el cielo, y después de invocar los nombres de Jesús y María, entonó el salmo: “Alabad, siervos del Señor”, que había aprendido en la catequesis de Nagasaki, pues en ella se les hace aprender a los niños ciertos salmos.*

Otros repetían: “¡Jesús! ¡María!”, con rostro sereno. Algunos exhortaban a los circunstantes a llevar una vida digna de cristianos. Con éstas y semejantes acciones mostraban su prontitud para morir.

Entonces los verdugos desenvainaron cuatro lanzas como las que se usan en Japón. Al verlas, los fieles exclamaron: “¡Jesús! ¡María!”, y se echaron a llorar con gemidos que llegaban al cielo. Los verdugos remataron en pocos instantes a cada uno de los mártires¹¹.

Después del martirio ocurrieron sucesos maravillosos: *Primero, el suave olor que exhalaban sus cuerpos ya muertos y pendientes de las cruces; después la brillante aureola de luz de que en no pocas ocasiones fueron rodeados a vista de inmensa multitud de cristianos y gentiles. La incorrupción enteramente maravillosa con que se conservaron por sesenta días sobre las cruces, y los*

¹⁰ Fray Agustín de Ósimo, *Historia de los veintiséis mártires japoneses*, publicada en italiano en 1862; y en español en México en 1871.

¹¹ Acta sanctorum, february, cap. 14.

globos de fuego que se vieron descender del cielo y reposar sobre la cabeza de cada uno de los mártires.

Las innumerables aves de rapiña, acostumbradas siempre anteriormente a devorar las carnes de los infelices que allí crucificaban, dejándolos bárbaramente insepultos, jamás osaron en tan largo tiempo, no solamente tocar aquellos venerables restos, pero ni aun acercarse de alguna manera a las cruces de que estaban pendientes...

Hacia tres días que Pedro Bautista, traspasado por las lanzas, pendía, su cuerpo exánime de la cruz, aunque rodeado todo de resplandores, y tan flexible que parecía vivo, cuando, a presencia de innumerable pueblo, comenzó a derramar sangre fresca de las heridas de que había muerto, y en tan grande abundancia que todos, cristianos y gentiles, quedaron sumamente espantados y conmovidos de tan indecible portento... De este hecho fue testigo de vista el padre Martín de León, dominico, que después lo declaró públicamente con solemne juramento ante la junta reunida en la iglesia catedral de Manila.

Igualmente, un italiano, soldado al servicio de los portugueses que se halló presente, habiendo recogido algo de la sangre de Pedro Bautista, de Martín de Aguirre, Pablo Miki y de un japonés, la guardó con mucha devoción... y después de un mes, estando en presencia del obispo de la China y del Japón, de su vicario general y de varios religiosos de diversas Órdenes, quiso manifestárselo en señal de profunda veneración... Y he aquí que, al presentar el vaso, se vio aparecer la sangre líquida, caliente y sin ninguna señal de corrupción, como si en aquel momento mismo saliera de las venas de los mártires¹².

Los 23 mártires franciscanos fueron beatificados por el Papa Urbano VIII en 1627 y los 3 jesuitas en 1629. El Papa Pío IX los canonizó a los 26 juntos el 8 de junio de 1862. Su fiesta se celebra el 6 de febrero de cada año.

5. SIGUEN LOS MARTIRIOS

¹² Fray Agustín de Ósimo, *Historia de los 26 mártires*, o.c., p. 291.

Los principales y más numerosos martirios del Japón sucedieron en la ciudad de Nagasaki, la ciudad cristiana por excelencia del Japón. El año 1567 era un pequeño pueblo de pescadores y ese año el hermano jesuita Luis de Almeida convirtió y bautizó a 200 pobladores. Al año siguiente el padre Gaspar Vilela convirtió otros 300 y edificó una pequeña iglesia. Otros cristianos huidos de otros lugares aumentaron la población, que en 1570 era ya de 1.500 habitantes, todos ellos católicos. Pronto se hizo centro de intercambio cultural y fue creciendo cada vez más. En 1583 se construyó en ella una gran iglesia y un leprosario. En 1596 pudo entrar en ella y tomar posesión el primer obispo del Japón, Monseñor Pedro Martín, jesuita, pero debido a la persecución tuvo que huir al poco tiempo.

En 1598 se paralizó un tiempo la persecución y, a los pocos años, los cristianos de Nagasaki eran 30.000, que al principio del siglo XVII eran ya 50.000. En 1613 se reanudó la persecución y hubo al menos 23 mártires en Nagasaki.

El 14 de febrero de 1614 se publicó el edicto de proscripción del cristianismo en todo el reino del Japón, diciendo que la fe cristiana era un peligro para el país y para el orden moral, obligando a todos los japoneses a abrazar cualquiera de las sectas budistas bajo pena de muerte. Un sacerdote budista debía ir una vez al año a visitar a todos sus feligreses a ver si no se habían alejado del budismo; o el cabeza de cada familia debía presentarse al bonzo budista para dar testimonio de su fe budista. Los sospechosos debían leer un formulario de apostasía.

La persecución fue tan virulenta que enteras masas de cristianos apostataron de la fe y muchos se vieron obligados a vivir en los bosques o disimular su adhesión al cristianismo. A pesar de su apostasía ante las autoridades, muchos cristianos continuaron viviendo su fe en secreto en sus propias casas.

Este año se decretó la expulsión de todos los misioneros. En Nagasaki se concentraron de todo el país 116 jesuitas, 2 dominicos, 1 agustino y más de 100 catequistas. El 28 de octubre, fueron llevados a Fukuda, puerto vecino a Nagasaki, para expulsarlos del país. Entre el 7 y el 8 de noviembre, en el galeón *Nossa Senhora da Vida* y en algunos juncos abandonaron el país. Sólo quedaron 27 jesuitas, 7 dominicos, 7 franciscanos, 1 agustino y 5 sacerdotes japoneses del clero secular en la clandestinidad. Más de 20.000 cristianos abandonaron también la ciudad de Nagasaki para ir a vivir a los montes u otros lugares más seguros.

Ese mismo año el emperador mandó decapitar en distintos lugares del país a 44 hidalgos; a muchos cristianos mandó que les estamparan en la frente con un hierro candente la señal de la cruz y que les cortasen los dedos de las manos y los nervios de las corvas de las piernas y los echasen a la calle para dar miedo a los cristianos y vieran lo que les podía pasar.

En 1617 llegaron al Japón, camuflados, 11 franciscanos, 4 dominicos, 2 agustinos y algunos catequistas expulsados anteriormente. La cristiandad se reforzó, pero no cesaban las persecuciones y ejecuciones.

Paulo Sakai escribió desde la cárcel en una carta del 5 de marzo de 1618: *Una cosa maravillosa que hizo el Señor con su poder y bondad es que de treinta presos por diversos crímenes, que están en esta misma prisión, todos paganos y de diferentes sectas, quiso nuestro Señor traer a su conocimiento a siete... Y así los bauticé, siendo yo mismo el padrino. Quedan bien instruidos y saben las oraciones, porque a cada uno de ellos di una copia de ellas... Al principio a ellos los apresaron por diversas culpas, pero ahora, dejando todo aparte, el dejarlos desnudos y quitarles el comer y beber, no es sino por ser cristianos como yo... Si nuestro Señor nos da vida, yo los iré disponiendo para el martirio, porque me parece que, aunque los apresaron por otras culpas, si dejándolas aparte los sentenciaran y ajusticiaron por haberse hecho cristianos, son verdaderos mártires*¹³.

*El 25 de noviembre de 1618, en grandes hogueras, fueron quemados vivos tres matrimonios con sus respectivos hijos, entre los cuales había dos niñas de 4 y 7 años y un niño de 9 meses*¹⁴.

En Miyako había un calle toda de cristianos que los gentiles llamaban la *Calle de Dios*, y a sus vecinos cristianos *adoradores de Dios*. El 6 de octubre de 1619, por mandato del emperador del Japón, murieron 53 cristianos, incluido entre ellos un nonato. Roiz Giram en su *Relación* dice que Tecla, mujer de Juan Tahyoe, tenía al cuello a Lucía su hija de 4 años, en una mano a Tomás de doce y en la otra a Francisco de nueve, los dos hijos suyos, aparte del que llevaba en el vientre. Todos ellos fueron amarrados a la misma cruz. En la contigua estaba su hija Catalina de 13 años y otro hijo de seis llamado Pedro. Los quemaron vivos. Roiz Giram en su *Relación* escribió: *El día y la noche del martirio se vieron en el aire varias señales extraordinarias y los paganos las tomaron como señales dadas por el cielo en testimonio de su inocencia... Pero más milagrosa fue la muerte de tantos hombres y mujeres y niños con tanto ánimo y alegría, con tanta paz y quietud. Baste sólo esto por milagro, dejando los otros de las varias*

¹³ ARSI Sec Japón-China, 59 114vs.

¹⁴ Delplace, *Le catholicisme au Japon*, pp. 147 y 187.

apariciones mientras no haya testigos más ciertos e informados... Fue tal el concurso de la gente... Habría sus buenas cien mil almas... Varios fueron los pareceres de tan gran multitud sobre esta muerte: unos, aunque gentiles, la alababan mucho; otros, que eran mucho más duros y ciegos de corazón, sin tener ojos más que para ver lo de fuera, la notaban diciendo que los cristianos eran demasiado tercos en su opinión ¹⁵.

En 1621 se proclamó en Nagasaki un edicto amenazando con pena de muerte a quienes recibiesen en sus casas a misioneros clandestinos. A los delatores los premiaban con 30 barras de plata. Unos 150 renegados, llamados de la *Cofradía de Judas*, se aliaron para delatar a los cristianos.

El 10 de septiembre de 1622 ocurrió otro gran martirio en Nagasaki. Fueron 55 decapitados o quemados vivos, entre ellos había 21 religiosos entre jesuitas, franciscanos y dominicos. Todos iban al martirio cantando himnos. Había unos 30.000 espectadores cristianos. El 4 de diciembre de 1623 ejecutaron a 50 cristianos y el 24 del mismo mes a otros 24. De ellos 18 eran niños pequeños que acompañaban a sus padres al martirio. Algunos de ellos llevaban sus juguetes en las manos. Trece paganos fueron ejecutados por alquilar sus casas a cristianos o salir fiadores de su alquiler.

El año 1624 el rey envió al destierro (Macao o Manila) a todos los extranjeros cristianos, no sólo europeos, españoles y portugueses, también coreanos, chinos y japoneses que vestían a la portuguesa, pero debieron ir sin sus mujeres japonesas. Hubo al menos 53 mártires.

El año 1625 el emperador dio un nuevo paso prohibiendo todo comercio con Filipinas. *El 20 de junio de 1626 mandó a la hoguera a nueve jesuitas. En 1627 mandó desterrados a los montes a 423 entre hombres y mujeres de Nagasaki, muchos de ellos murieron de hambre y frío... Este mismo año metió en la cárcel a 37 y, para forzarlos a renegar, decidió mutilarles los dedos de las manos y marcarlos a fuego en la frente y en las mejillas. A otros 16 presos los llevaron a las aguas hirvientes de Unzen y los lanzaron vivos al estanque de agua y lodo hirviente ¹⁶.*

A los tres hijos de Pablo Uchibori antes de matarlos y arrojarlos al mar el 21 de febrero de 1627, les cortaron los dedos de las manos ante su padre y ante un gran grupo de condenados al martirio para presionarlos a apostatar. El niño Ignacio Uchibori de cinco años, sufrió la mutilación con gran serenidad, levantando sus dedos y mano mutilada y sangrienta con admiración de los

¹⁵ Fragmentos de la carta Anua de 1619, de los jesuitas.

¹⁶ Cristóbal Ferreira, ARSI, Sec Japón-China, 62 12-12v.

presentes ¹⁷. Los esposos Ogasawara Gen'ya murieron decapitados con sus nueve hijos y sus cuatro sirvientes.

El 25 de mayo de 1627, en una de las redadas, tomaron presos al padre Francisco de Santa María y al padre Bartolomé Laurel, franciscanos, y a varios terciarios franciscanos, junto a los que les habían ayudado; más las cinco familias vecinas por no haberlos denunciado. En total fueron 18 que fueron quemados vivos o degollados el 17 de agosto de ese año.

De este mismo año escribe el padre Diego de San Francisco: *Fueron tantas las invenciones que hicieron (para hacer renegar) que muchos flacos retrocedieron. En una calle de gente rica, llamada Goto-machi, todos renegaron fuera de tres. A los que no quisieron renegar los encerraron en sus casas y clavaron puertas y ventanas, donde murieron "a pura hambre"* ¹⁸.

Ante este panorama, muchos cristianos de Nagasaki huyeron a los montes. El padre Diego de San Francisco refiere: *Quedaron doscientas familias, de las diez mil que habría en Nagasaki, que no renegaron, pero están aguardando su trabajo por no poder huir, unos por ser pobres y tener muchos hijos pequeños, y otros por tener grandes casas, y no tanta fe a mi parecer* ¹⁹.

A partir de 1627 se impuso la costumbre anual de que los sospechosos debían leer un formulario de apostasía y además pisar una imagen de Cristo o de la Virgen María llamada *fumie*. La longitud de la placa del *fumie* solía ser de siete a ocho pulgadas, su anchura de cuatro a seis pulgadas, y en la placa estaba incrustada una imagen de la Virgen con el niño Jesús. Primero debía pisar la imagen el padre de familia, después la madre y después los niños. A los bebés los hacía pisar la madre, teniéndolos en brazos. Si había enfermos, en presencia de los funcionarios, tal como estaban, acostados, se les aplicaba el *fumie* a los pies. Está práctica del *fumie* estuvo en uso hasta fines del siglo XIX.

En 1628 fueron degollados doce y otros doce quemados vivos en la hoguera el 8 de septiembre. Este mismo año ejecutaron a 73 mártires en Omura y Nagasaki ²⁰.

En 1629 todavía quedaban en Nagasaki unos 20.000 cristianos. Este año el emperador mandó como gobernador al terrible y cruel Unemedono, a quien el padre Domingo de Erquicia, dominico, califica en alguna de sus cartas como

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ Bullarium OAR, tomo II, p. 659.

¹⁹ Archivo Iberoamericano I, 1914, p. 72.

²⁰ ARSI Sec, Japón-China 29 114.

hombre vestido de demonio o demonio encarnado. Lo primero que hizo fue desenterrar los cadáveres de los cristianos del cementerio y echar las cenizas al mar para que desapareciera su memoria. Recordemos que para los budistas y mentalidad japonesa es muy importarte el culto a los antepasados. Unemedono con 500 soldados comenzó por rastrear la ciudad y los montes adyacentes para no dejar un solo misionero vivo a no ser que renegara de su fe. Puso guardias en los caminos para que nadie pudiera escapar, pero más de mil familias burlaron el cerco y huyeron a los montes.

Para hacer apostatar a los cristianos y misioneros los enviaba a las aguas sulfurosas de Unzen o los sometía a otros crueles sufrimientos. Muchos cristianos renegaron ante tales tormentos, aunque muchos se arrepentían después. Pero también había algunos que, como Judas, eran verdaderos renegados y se convertían en perseguidores de sus antiguos hermanos. Por eso, todos debían andar con cuidado. El 12 de enero de ese año hubo una matanza de 49 mártires. Un relator jesuita escribe: *Con los bienes y casas de estos mártires de enero de 1629 quedaron también confiscadas las hijas y mujeres de algunos de ellos con el peligro de perder su honra y alma, pues iban a quedar toda la vida esclavas de gentiles. Por eso, desde aquí hicimos diligencia para reunir alguna limosna de los cristianos de estas partes que tienen algunos bienes, para rescatar y poner a seguro las dichas mujeres*²¹.

Los años siguientes siguieron matando cristianos: En 1630, ochenta y tres y más de cuarenta y tres en 1631. En 1632 las *Crónicas* de los jesuitas hablan de 120 mártires; entre ellos padecieron martirio quemados vivos el 3 de septiembre el jesuita Antonio Ishida, el agustino Bartolomé Gutiérrez, el lego franciscano Gabriel de la Magdalena, el padre Jerónimo de la Cruz, de la tercera Orden franciscana, y los agustinos recoletos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio. Este mismo año, el 11 de diciembre, quemaron vivos a los agustinos recoletos Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás.

Al año siguiente, el 14 de agosto mataron en el tormento de las cuevas o de la fosa al padre Domingo de Erquicia, dominico. Este tormento había sido inventado y ejecutado por primera vez el 31 de julio de ese año 1633 con el jesuita Nicolás Keyan Sukunaga. A lo largo de este año 1633 hubo más de 100 mártires.

En octubre de 1634 murió nuestra santa Magdalena de Nagasaki y en noviembre el padre Jordán de San Esteban, además de otros 25 cristianos; unos degollados, otros quemados vivos y otros en el tormento de las cuevas como Magdalena y el padre Jordán.

²¹ ARSI Sec, Japón-China 62 251v.

Consta en algunos documentos la muerte de al menos 22 mártires en 1635 y de unos 37 en 1637. En 1638 tuvo lugar la matanza de 20.000 ancianos, mujeres y niños después de la batalla de Shimabara sólo por ser cristianos. Ni siquiera quisieron hacerlos esclavos como era costumbre. Y otros 130 en distintos lugares ese mismo año.

El año 1639 hubo más. Este año fue un año especial, porque el Japón cerró prácticamente sus fronteras a todos los extranjeros hasta mediados del siglo XIX. En la historia civil japonesa se llama a este aislamiento como nación con el nombre de *Sakoku*, que fomentó el sentimiento de aversión a lo extranjero o xenofobia, que perduró muchos años. El no tener comunicación con los demás pueblos llevó al país a un atraso económico y tecnológico con relación al resto del mundo. En 1640 siguieron los martirios de 52 cristianos.

En 1642, el visitador jesuita Antonio Rubino envió desde Macao una misión de cinco jesuitas y cuatro auxiliares laicos. Al año siguiente envió otra misión con otros cinco jesuitas y cinco auxiliares laicos. A todos los ejecutaron. A partir de 1644 no quedó ningún jesuita ni religioso en el Japón para servicio de los cristianos hasta mediados del siglo XIX. Fue el comienzo del fin de la cristiandad japonesa, que sólo pudo conservarse en una mínima parte por gracia de Dios como veremos.

En 1657 fueron ajusticiados 96 cristianos y 830 gentiles por no haber dado parte de que sus vecinos eran cristianos. En 1658 fueron decapitados 468 y muertos en la cárcel otros 78.

En 1660 murieron mártires en Nagasaki 103 mártires y en 1661 al menos unos 18²². El año 1663 fueron ejecutados en Nagasaki 300 personas. En 1664 el número de mártires bajó a 200²³.

Las noticias del Japón, a pesar de no tener ya sacerdotes, seguían siendo trágicas, pues no se detenían las ejecuciones. En 1666 en Arima mataron a 600 personas y otros muchos fueron encarcelados²⁴.

Los siguientes años también tuvieron sus mártires. En 1667 se publicó un bando que decía: *Habiendo estado prohibida muchos años la religión cristiana, hay obligación de denunciar a toda persona que sea claramente sospechosa de pertenecer a ella. Se gratificará conforme a lo que sigue:*

²² Matías de Maia, ARSI Sec Japón-China 48 48-81.

²³ Carlos Rocha, ARSI Sec Japón-China 22 379.

²⁴ ARSI Sec Japón-China 48 101v.

Al que denuncie a un padre (sacerdote), 300 monedas de plata.

Al que denuncie a un hermano, 200 monedas de plata.

Al que denuncie a uno que ha vuelto a abrazar el cristianismo, la misma cantidad.

A un catequista, 100 monedas de plata.

Y se le entregarán las susodichas 300 monedas de plata según la clase de sujeto denunciado, aunque el denunciante mismo sea catequista. Caso de ocultar a tales sujetos y descubrirse por información de terceros, los jefes de vivienda, incluidas las cinco más próximas y sus familiares, serán severamente castigados. Así lo hacemos constar²⁵.

En 1681 un carmelita y un agustino entraron secretamente en el Japón para ayudar a los cristianos, pero inmediatamente fueron apresados. Lo mismo le ocurrió al padre diocesano siciliano Giovanni Battista Sidotti, que entró en 1708 y, encerrado, murió a los siete años de inhumana prisión el 15 de diciembre de 1715.

6. MARAVILLAS DE DIOS

En algunas ocasiones Dios manifestó su presencia y su poder a través de señales maravillosas en el lugar del martirio. Veamos algunos casos concretos.

A Takeda Simon y Minami Juan los decapitaron el 8 de diciembre de 1603. El obispo del Japón Luis Cerqueira escribió: *Los guardias, que serían 20 ó 30 hombres, dijeron que vieron sobre la casa de Simón un maravilloso resplandor del cielo, apuntando las particularidades y circunstancias de esta aparición. También dicen algunas personas que en la misma noche que los cuatro crucificados padecieron, vieron, al tiempo en que acababan de morir, otro gran resplandor, sobre las cuatro cruces²⁶.*

En el martirio de Shichirobyoe Matías, decapitado el 15 de marzo de 1614, *uno de los testigos, llamados para el proceso auténtico de este martirio, declaró haber oído al verdugo que le cortó la cabeza que, después de cortada, había dicho tres veces “Jesús” y que la tercera vez se había oído más claramente²⁷.*

²⁵ Endo Shusaku, *Silencio*, Edhasa, Barcelona, 2009, p. 250.

²⁶ Luis Cerqueira, ARSI Sec Japón-China 20 III 173-193.

²⁷ Archivo de la provincia de Toledo de la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares, C-286 248s

El 13 de julio de 1614 quemaron vivos a Lina, Miguel y a su esposa Majencia. Según testigos, *después del martirio se observaron fenómenos extraordinarios sobre el lugar de la prisión de los mártires y en el río donde habían echado los restos carbonizados* ²⁸.

El 9 de marzo de 1617 fue decapitado Juan Akashi. Poco antes del martirio un buen cristiano llamado Kyuhachi Mancio vio por buen espacio de tiempo que delante de las casas de Juan *se levantó de la tierra un globo de fuego muy hermoso y los cristianos y gentiles que allí se hallaban afirman que, en el tiempo del martirio, vieron descender del cielo muchas como estrellas sobre las casas de Juan* ²⁹.

El 7 de agosto de 1618 degollaron al samurai Paulo Shimaya y a su hermano Juan. *Ambos acabaron degollados con el santísimo nombre de Jesús en la boca. Y algunos, que se hallaron presentes a esta dichosa muerte, afirman que, aun después de cortadas y caídas a tierra las santas cabezas, les oyeron nombrar el mismo santísimo nombre de Jesús* ³⁰.

En el verano de 1624 en Morioka martirizaron a Magdalena de cincuenta años. *Le cortaron cuatro pedazos de carne de cuatro partes del cuerpo y los lanzaron a un tigre habituado a comer carne humana. El tigre husmeó la presa, pero no la tocó hasta que a los tres días los verdugos retiraron el cuerpo de Magdalena para calmar a la bestia, que entonces se excitó y comenzó a rugir* ³¹.

Mónica Oiwa fue decapitada en Kubota. *Fue su martirio el 14 de febrero de 1624, siendo Mónica de 27 años de edad. El 13 de julio encontraron su cadáver incorrupto y en su exhumación ocurrieron fenómenos extraordinarios* ³².

El 27 de julio de 1624 fue degollado Simón Iwami. *Cuenta el pagano que le cortó la cabeza que, después de cortarla, estuvo la santa cabeza por un poco de tiempo en el aire sin caer a tierra, y el cuerpo, también en el mismo tiempo, estuvo de rodillas sin caer* ³³.

El 4 de septiembre de 1624 fue decapitado Juan Omachi, que fue catequista de los jesuitas por muchos años. Estando en la cárcel se supo *una cosa que todos tienen por maravilla, y es que por muchas veces iba una mujer joven y muy bien parecida a visitar a los santos presos y les llevaba algunas cosas de*

²⁸ ARSI Sec Japón-China 58 247.

²⁹ ARSI Sec Japón-China 59 31s.

³⁰ ARSI, fragm. Sec Japón-China 59 127.

³¹ ARSI, fragm. Sec Japón-China 61 61v.

³² ARSI, fragm. Sec Japón-China 61 49v.

³³ ARSI, Sec Japón-China 61 57v.

*comer. Después preguntaron e inquirieron los cristianos qué mujer era aquella, y hallaron que ni en la fortaleza ni en todo Innai había tal mujer, y se convencieron que era cosa particular de Dios nuestro Señor y favor que hacía por algún ángel suyo, o santa*³⁴.

También en 1624 muchos cristianos fueron sacados de sus casas y echados de su población. *La furia de la persecución duró hasta ahora, porque se quebró su furia con dar la palma del martirio a más de ciento, de los cuales 32 fueron asados vivos, y estos, en su mayor parte, eran criados del señor de aquellas partes, por nombre Satake dono, gente honrada y principal, con sus hijos y mujeres. En el tiempo del martirio de estos gloriosos santos, el mismo Satake dono y otros paganos vieron cosas maravillosas en el aire, por lo cual dijo que los cristianos tenían razón de morir por su ley; pero prohibió que se hablase de ellas para que los cristianos no se sintieran con mayores fuerzas*³⁵.

*En 1626 martirizaron cinco padres, que estaban presos. Después a los caseros (quienes los hospedaban). Con singularidad Susana (estaba en la cárcel) con un argolla al cuello y una cadena que llegaba al techo y no se podía levantar ni mover, estando sentada dando el pecho a una criatura que criaba. Esta mujer valerosa, siendo degollada y puesta la cabeza en una escarpia (clavo grande), volvió los ojos al cielo tres veces, con admiración de los gentiles. Con las demás mujeres fue degollado un niño de cinco años, llamado Luis, que mientras las degollaban se entretenía en coger flores del campo y dárselas a su madre y a las otras, que ya algunas estaban muertas y se las echaba encima de los difuntos cuerpos. Pasaba esto dentro de la cerca de la leña hecha para quemarlos, a vista de sus maridos, que estaban atados a las columnas para pegarles fuego como luego se hizo*³⁶.

El 21 de febrero de 1627 en Shimabara arrojaron al mar a Ignacio Uchibori de cinco años. Testigos oculares cuentan *que le cortaron el índice de la mano derecha y el niño, alzando la mano ante su rostro, como quien veía una hermosa rosa, estuvo mirando muy despacio la herida y la sangre que corría del dedito cortado. Después de esto le cortaron otro de la mano izquierda y él con el mismo semblante lo estuvo mirando como había hecho con el otro, sin llorar ni dar muestra alguna de sentimiento. Después de meterle y atormentarle en el mar tres veces, lo amarraron y colgaron de la borda de la embarcación, dejándole suspendido en el aire, y así lo tuvieron una hora a la vista del padre; y luego lo lanzaron al mar con una piedra atada al cuello. En la noche del tercer día, después de este martirio, aparecieron muchas luces y resplandores como*

³⁴ ARSI, fragm. Sec Japón-China 61 58.

³⁵ Adami, ARSI, Sec Japón-China 34 I 14v.

³⁶ Historia general OAR, II, p. 185.

*antorchas encendidas, todas en hilera, y en el mismo lugar en que habían martirizado a los santos y arrojado sus cuerpos al agua, los cuales se vieron luego otras muchas veces. Y fue cosa tan pública y manifiesta que todo el pueblo de Shimabara, cristianos como paganos, lo vieron y aun el mismo Bungo dono lo vio, aunque como ciego idólatra no abrió los ojos del alma para conocer con esta luz la verdad de la ley que perseguía*³⁷.

*Entre los arrojados al mar ese día estaba Magdalena, que cantó por tres veces el salmo “Laudate Dominum omnes gentes”, y a la cuarta le ataron una piedra y la arrojaron al fondo del mar*³⁸.

El 7 de septiembre de 1627 en Nagasaki quemaron vivo a Tomás Tsuji, sacerdote jesuita. *Según testigos presenciales el cuerpo de Tsuji cayó a tierra y de su pecho entreabierto, al que no había llegado el fuego de la hoguera, brotó una llamarada roja que pudo verse durante más de cinco minutos*³⁹.

El 6 de agosto de 1629 murió extenuado por las vejaciones sufridas en Nagasaki, Francisco, singalés ex-esclavo. *Lo enterraron el tercer día y el 28 de agosto mandó el gobernador que lo exhumaran y lo arrojaran al mar. En la noche del 3 de septiembre de 1629 los cristianos recobraron el cadáver (del mar), guiados por un gran resplandor que se vio en aquel lugar*⁴⁰.

7. LOS APÓSTATAS

Por el miedo a los tormentos hubo muchos miles que renegaron de la fe, aunque después muchísimos de ellos se arrepintieron y fueron recibidos de nuevo. Otros renegaban pisando el *fumie* o imagen sagrada y después en su casa pedían perdón y vivían su fe ocultamente. Los que persistían en su rechazo de la fe eran llamados de *la Cofradía de Judas*.

De todos modos, debemos decir que en muchos casos la apostasía no era un pecado formal, dado que ante los tormentos o ante el miedo a lo que les podía suceder a sus familiares, la mente y la voluntad quedaban afectados y su responsabilidad moral quedaba libre o, al menos, sustancialmente reducida. Los que renegaron en medio de los tormentos no fueron renegados formales. La sola amenaza del suplicio, unida al espectáculo estremecedor de otras víctimas atormentadas en su presencia, es suficiente para que se considere el hecho de

³⁷ ARSI, fragm. Sec Japón-China 63 161vs.

³⁸ Ib. 179vs

³⁹ Ruiz de Medina Juan, *Martirologio del Japón 1558-1873*, Institutum historicum s.j. Roma, 1999, p. 590.

⁴⁰ Carta Annua del Japón de 1629 y 1630, ARSI Sec Japón-China 62 5s.

renegar como *acto del hombre* y no como *acto humano*, es decir, una reacción animal instintiva, con poca responsabilidad y culpa moral.

*En el reino de Bomura retrocedieron (renegaron) casi todos los cristianos. Y para consolarlos (a los misioneros) Dios fue servido que padeciesen gloriosamente por su fe los benditos padres fray Luis Beltrán, dominico, con un criado suyo, mozo de 17 años llamado Pedro, y un viejo que era su guía, profesos de su Orden... También padecieron los padres fray Francisco de Santa María y el hermano fray Bartolomé Laurel, franciscanos, con otros caseros, siendo entre hombres y mujeres hasta número de veinte. Después fueron echados de la ciudad de Nagasaki como 500 personas, porque no quisieron renegar, puestos en los campos a las inclemencias del frío, agua y sol, de que muchos murieron. Otros fueron encerrados en sus casas, clavándoles las puertas para que allí muriesen de hambre*⁴¹.

Entre los misioneros religiosos de Órdenes mendicantes (agustinos, dominicos, franciscanos) no hubo ningún apóstata. Entre los sacerdotes diocesanos se cuenta al padre Antonio Araki como apóstata, pero se arrepintió después de varios años y hay indicios de que murió como mártir en 1649⁴².

Entre los jesuitas hubo varios. El viceprovincial Cristóbal Ferreira renegó de la fe cuando el 18 de octubre de 1633 estaba sufriendo el tormento de las cuevas o de la fosa. Los Superiores lo expulsaron *ipso facto* de la Compañía. Vivió 17 años al margen de la fe, pero al final, según algunos documentos, parece que se arrepintió e incluso murió como mártir⁴³.

De Francisco Cassola y Alfonso de Arroyo se sabe que, después de apostatar, continuaron atormentándolos hasta que ambos murieron un poco tiempo después. Otros presuntos apóstatas son los jesuitas Shikimi Martín y Juan Bautista Porro, que murieron en prisión. El provincial Pedro Marques, Giuseppe Chiara y el hermano japonés André Vieira fueron condenados después de la apostasía a cadena perpetua, padeciendo tortura hasta su muerte, lo cual parece ser prueba clara de que los jueces no consideraron firme su apostasía y se les puede considerar como verdaderos mártires. De Chiara hay información de que durante su prolongada prisión de 41 años, ejerció el apostolado instruyendo en la fe a sus compañeros de cárcel, e incluso a los carceleros, que después fueron bautizados. Por consiguiente no hay pruebas claras de la muerte de ningún misionero o religioso perseverando en su apostasía hasta el final de su vida.

⁴¹ Historia general OAR II, pp. 186-187.

⁴² ARSI Sec Japón-China 38 242v.

⁴³ Metello Saccano en carta privada al general Gerswin Nickel parece confirmarlo (ARSI Sec Japón-China 18 II 304).

8. CRISTIANOS SOBREVIVIENTES

Al morir el último sacerdote en 1644, quedaban en Japón, según algunos estudiosos, unos 300.000 cristianos, considerando entre ellos a muchos que habían apostatado públicamente, pero se habían arrepentido interiormente y vivían de acuerdo a su fe cristiana. De hecho en los 100 primeros años de evangelización habían sido bautizados alrededor de un millón de japoneses. Una de las mejores cosechas en la historia de la Iglesia.

A partir de 1644, y al no tener sacerdotes, la fe fue decayendo en muchos. Todos los años las autoridades obligaban a los sospechosos de ser cristianos a pisar el *fumie* o imagen de Cristo o de María. Poco a poco se fueron acostumbrando a hacerlo por pura fórmula, arrepintiéndose internamente y viviendo a escondidas su fe cristiana. Estos cristianos ocultos o *kakure kirishitan* adoraban a Cristo en habitaciones secretas en sus hogares. Era la Iglesia de las catacumbas. Pero, al pasar los años, para evitar sospechas, las imágenes de los santos y de la Virgen María las hacían semejantes a las estatuas de Buda. Sus plegarias se fueron adaptando a los cantos budistas, manteniendo sin traducir algunas palabras del latín, español o portugués, tal como se las enseñaron los misioneros⁴⁴.

La Virgen María era conocida como la *Madre de la alacena*, ya que la colocaban en las alacenas del hogar para que estuviera bien oculta. Algo importante de anotar es que los misioneros les habían dado la clave para reconocer a los verdaderos cristianos católicos y distinguirlos de los protestantes. Les habían dicho que, cuando volvieran algún día los misioneros, debían ser célibes. En sus iglesias debía estar la imagen de la Virgen María y debían tener como jefe al Papa de Roma. También les enseñaron a bautizar a los niños. Y todo esto lo fueron transmitiendo de generación en generación hasta mediados del siglo XIX.

En 1858 Japón firmó algunos tratados de comercio con Francia, Inglaterra, Holanda, Rusia y Estados Unidos. La primera medida de apertura fue la supresión del *fumie*, rito judicial que obligaba a pisotear las imágenes religiosas a los sospechosos de ser cristianos. En 1859 se permitió que hubiera en Japón iglesias cristianas para servicio exclusivo de los extranjeros.

⁴⁴ Recordemos que todos debían pertenecer a una secta budista para demostrar que ya no eran cristianos y en alguna medida imitaban sus rezos y cantos.

En 1860 llegó a Nagasaki el sacerdote francés Bernard Petitjean y en 1863 construyó con la ayuda de carpinteros japoneses una capilla católica en el barrio de Oura, vecino al puerto de Nagasaki. El padre Joseph Marie Laucaigne, también francés, se le unió en su apostolado, pero ningún japonés se acercaba a ellos.

Y por fin llegó el 17 de marzo de 1865, día que quedará marcado en los anales de la Iglesia japonesa como el día en que los cristianos ocultos, que vivían en el barrio de Urakami, en el extremo opuesto de la ciudad con respecto al lugar donde estaba la capilla, se acercaron a un sacerdote católico después de más de 200 años, prácticamente desde 1644.

El padre Petitjean estaba arrodillado ante el altar orando, cuando alguien se le acercó. Era una sencilla campesina, de un grupo de 14 mujeres que habían llegado. Le preguntó al sacerdote dónde estaba la imagen de la Virgen María. Él le indicó con un dedo una imagen que estaba a la derecha del altar. La mujer exclamó: *¡Oh, santa María! ¡Qué hermoso es el niño Jesús!* Después el grupo de mujeres le preguntó si tenía hijos y si obedecía al gran jefe de Roma. Al recibir respuestas satisfactorias, aquellas mujeres le dijeron que tenían *el mismo corazón* y que había muchos como ellas. La noticia se extendió entre los cristianos. En los días siguientes unos tres mil acudieron a la iglesia de Oura para que el padre Petitjean consignara sus nombres. Había en la ciudad unos 16.000 católicos ocultos, que cada año hacían apostasía fingida ante las autoridades, subsanada a continuación ante el altar familiar al volver a su casa.

Los misioneros también detectaron a otros 10.000 cristianos ocultos que no quisieron aceptar las prácticas católicas. Eran los llamados *Hanare Kirishitan* o cristianos separados, que todavía existen en Japón y que tienen una religión mezclada de prácticas budistas, animistas, shintoístas y de cristianismo. No tienen Biblia ni creen en la Trinidad. Es una fe cristiana desvirtuada por el ambiente budista y shintoísta.

El gobierno de Nagasaki le siguió los pasos del padre Petitjean y de los cristianos ocultos que vivían en el barrio de Urakami en su mayoría. Hizo una redada y arrestó a 170 cristianos y comenzó la persecución una vez más, al igual que en 1856 y 1859, en que las autoridades habían encarcelado y torturado a algunos de los líderes cristianos. Un contemporáneo describió en 1865 lo siguiente: *Se despertó la alarma. Los periódicos nos proporcionaban detalles de detenciones parciales y deportaciones imprevistas para amedrentar a la masa de cristianos. Treinta y cinco distinguidas personas del valle de Urakami fueron citadas al palacio del gobernador, encarceladas y sometidas a durísimas pruebas, pero todo esfuerzo resultó inútil. Echaron mano de todos los recursos*

*para hacer apostatar a uno de ellos, el más anciano y el más firme, el noble Domingo Zen'emon, con quien más tarde tuvo ocasión de hablar. El gobernador en persona se presentó en la prisión, mandó que le interrogaran en su presencia y usó de toda clase de promesas, incluida una gruesa suma de dinero. La gracia de Dios triunfó y ante tal firmeza, sus propios enemigos se declararon vencidos. Dios permitió que por esta vez los devolvieran a sus casas, pero con la amenaza de medidas más severas*⁴⁵.

Al año siguiente, fueron deportados de Nagasaki unos 150 cristianos. Más cruel fue el trato que, desde julio de 1867, dieron a los hombres, mujeres y niños cristianos de Kiba y Kitamura. Encarcelaron a unos 173 cristianos. Varios murieron en la cárcel como consecuencia de sus sufrimientos.

El 5 de enero de 1870 fueron deportados de Nagasaki 3.300 personas, incluidas mujeres y niños, y fueron encerrados en cárceles de 21 provincias desde Toyama y Nagoya en el Japón central, hasta Kagoshima en el sur. Veamos lo que nos dice al respecto el gran escritor japonés católico, Endo Shusaku, que ha estudiado el tema en profundidad, y presenta algunos detalles representativos, aunque no estrictamente históricos, en su libro *The final martyrs* (Los últimos mártires): *Numerosos prisioneros fueron llamados al tribunal. Aquellos que rechazaron apostatar recibieron la tortura llamado dodoi: los pies y los brazos eran ceñidos dentro de cuerdas y todo ello era atado detrás de la espalda. Después se izaba el cuerpo sobre una cruz mientras que los guardias, colocados por debajo, lo golpeaban violentamente por medio de látigos y de bastones. A continuación lo remojan de agua. Las cuerdas, que absorbían el agua, se inflaban, penetrando más en la piel de los prisioneros. Aquellos que habían quedado en la celda escuchaban, viniendo del tribunal, gritos que parecían aullidos de bestias salvajes, puntuados por los insultos de los verdugos. A los que no cedían, les aplicaron otra estrategia: tratarlos bien e intentar adoctrinarlos, y como tampoco esto sirvió, los torturaron de nuevo.*

El alimento, hasta ahora relativamente abundante, fue reducido a una pizca de sal y arroz hervido. Los colchones fueron reemplazados por una estera de paja, y el único vestido autorizado fue el kimono de verano que llevaban cuando los arrestaron. El invierno se anunciaba desde el mes de noviembre, en la región de Sanin. La tortura tenía lugar en el pequeño estanque del jardín del templo de Kôrinji. Los cristianos eran desnudados y puestos delante del estanque, con una cuba llena de 70 litros de agua a su lado. Un policía, preguntaba:

⁴⁵ Villon Aimée, de las Misiones extranjeras de París, testigo de los hechos, traducción de Moisés Domenzain, en el libro *Cincuenta años por el Japón*, Madrid, 1936, p. 26.

- ¿Reniegas o no?
- ¡No!

Después de lo cual lo empujaba dentro del estanque, cuya superficie estaba cubierta de una delgada capa de hielo. Cuando el ajusticiado subía a la superficie, el policía lo golpeaba. Kanzaburô describió así los sufrimientos soportados: “Yo estaba helado, comenzaba a temblar y los dientes castañeteaban; no veía nada más. Todo giraba a mi alrededor y tenía la impresión de que mi última hora había llegado; el policía me llamó y me dijo que saliera. Habían atado un gancho al extremo de un tallo de bambú y por medio del gancho tiraron de mí con todas sus fuerzas, por los cabellos. Cuando estuve fuera del agua, rascaron la nieve e hicieron un fuego con dos montones de leña seca. Después me dejaron que me secara cerca de las llamas y me dieron sales para hacerme recobrar el conocimiento. Me es imposible describir el dolor soportado aquel día”.

Tras la tortura del agua, los prisioneros fueron conducidos a una minúscula celda, cuchitril de un metro cuadrado con barrotes de seis centímetros de largo puestos cada tres centímetros. La única abertura consistía en un agujero colocado a la altura de los ojos para distribuir la comida; vista la estrechez de los lugares, los detenidos debían agacharse antes de penetrar en ese calabozo.

Los fieles murieron uno detrás de otro a causa de las torturas y del rigor del invierno de Tsuwano. El primero en partir fue uno llamado Wasaburô, de veintisiete años. Sobrevivió durante veinte días en el calabozo, pero finalmente la debilidad se apoderó de él y ese fue el fin.

El siguiente, Yasutarô, murió a la edad de treinta y dos años a consecuencia de la tortura. Este hombre, a pesar de una constitución de apariencia frágil, distribuyó su ración de alimento a sus camaradas y ofreció hacer tareas desagradables como limpiar los aseos. Fue obligado a quedar sentado en la nieve durante tres días y tres noches, después de lo cual fue puesto en el calabozo donde murió...

Ante esos fallecimientos sucesivos, ciertos cristianos comenzaron a perder esperanza. Finalmente, por una noche de invierno particularmente fría, dieciséis de entre ellos hicieron acto de apostasía. Fueron soltados del calabozo y se les dio una comida caliente y sake; varios días después, bajaron de las montañas...

Pero como aún quedaban cristianos firmes, los verdugos decidieron torturar a los hermanos pequeños y a las madres ⁴⁶.

Esto sucedía en pleno siglo XIX. Todavía quedaban en el Japón descendientes de aquellos valerosos cristianos que dieron su vida por Cristo en el siglo XVI y XVII. Felizmente los gobiernos europeos protestaron ante las autoridades niponas para que dejaran en libertad a los cristianos presos. En septiembre de 1873 se procedió a liberar a los presos, pero ya habían muerto en las cárceles, por inanición y torturas mentales y físicas, 664 cristianos. Todavía tuvieron que pasar varios años para que los sobrevivientes pudieran regresar a sus casas de Nagasaki. Por fin, el emperador del Japón decretó la libertad religiosa en el país el 11 de febrero de 1889, aunque en realidad desde 1873 se podía practicar el cristianismo, merced a las intervenciones de las naciones europeas. Sin embargo, la discriminación de los católicos, a veces por parte de los bonzos budistas, continuó hasta después de la segunda guerra mundial.

En 1895 comenzaron a construir la catedral de Nagasaki en Urakami, que fue culminada en 1917. El 9 de agosto de 1945 la bomba atómica cayó a 500 metros de la catedral, destruyéndola totalmente. En 1959 comenzó la construcción de la nueva catedral. Poco a poco los cristianos se ganaron el respeto de sus conciudadanos.

9. LA IGLESIA ACTUAL

Actualmente en el Japón hay medio millón de católicos japoneses y otro medio millón de extranjeros, sobre todo, inmigrantes. Son 16 las diócesis con 24 obispos. Hay 800 parroquias con unos 1.490 sacerdotes, de los que 890 son japoneses. También hay 5.680 religiosas, de las que 5.420 son japonesas. Cada año hay unos 7.000 bautismos. Hay conventos de religiosos agustinos, carmelitas descalzos, escolapios, de San Juan de Dios y, sobre todo, jesuitas, que dirigen la prestigiosa universidad de Sofía en Tokio. También está la universidad del Sagrado Corazón. En total, entre escuelas y universidades católicas, se educan unos 230.000 estudiantes.

Aunque los católicos son pocos en un país de 128 millones de habitantes, sin embargo su peso social es mucho mayor que el de su número. Ya en 1918 el primer ministro japonés era el católico Hara Tacashi. Igualmente lo era el año 2008 el católico Taso Asa.

⁴⁶ Endo Shusaku, *The final martyrs*, London, 1994, pp. 17-23.

Japón, el país del sol naciente, está recibiendo la savia cristiana de tantos emigrantes, especialmente latinoamericanos, que hacen crecer la fe de sus antepasados mártires y que anuncian un futuro prometedor en los planes de Dios. La iglesia católica del Japón, a pesar de su escaso número, sigue aumentando poco a poco, dando testimonio de su fe en un país mayoritariamente budista y shintoísta. En algún momento Dios hará fructificar abundantemente la semilla de la sangre de tantos mártires que dieron su vida por defender su fe y por el bien de su país.

SEGUNDA PARTE

VIDA DE SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

10. FRANCISCO DE JESÚS Y VICENTE DE SAN ANTONIO

Comencemos por conocer la vida de sus padres espirituales agustinos recoletos. Ella fue su intérprete y catequista y los acompañó en sus andanzas por los montes.

Los padres Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio salieron de Manila disfrazados de comerciantes en los primeros meses del año 1623. Llegaron al puerto de Coxi en la isla de Satzuma, donde estuvieron desde junio hasta octubre, procurando adquirir algún conocimiento de la lengua japonesa. Después se embarcaron en una pequeña embarcación para ir a Nagasaki. La embarcación se abrió debido a un fuerte temporal y sólo por la protección de San Nicolás de Tolentino, a quien fervorosamente invocaron, se salvaron del naufragio. Llegaron a Nagasaki en la noche del 14 de octubre de ese mismo año 1623. Por causa de la persecución se retiraron a los montes para estar más seguros. Por las noches iban a los poblados para administrar los sacramentos y animar a los cristianos. Más de dos años y medio permanecieron en las inmediaciones de Nagasaki pasando penalidades sin cuento.

El padre Francisco escribe en una carta escrita a su provincial de Manila el 26 de marzo de 1626: *A mí me cogió el rayo en esta ciudad (Nagasaki) que por no poder huir a los montes como los demás, me favorecí de una estrecha cueva que para estas ocasiones estaba hecha dentro de la misma casa, tan estrecha que era menos que una sepultura, en donde estuve cinco días sin ver apenas la luz, pues para rezar la metían por una tronera hecha con sutil artificio. Al cabo de los cuales, una noche bien oscura, con hábito de mujer, me escapé en compañía de otros, llevándome hasta donde no había peligro ya. Por lo que a mí toca, bien creía yo que diesen conmigo pues faltó poco, porque en los días que allí estuve,*

fue la casa escudriñada tres veces y oía yo decir a los ministros: “Parre, Parre” (Padre). Y si como el escondrijo estaba debajo de tierra, lo estuviera en el hueco de dos paredes, como lo están los de esta ciudad, infaliblemente dieran conmigo; pues derribaron tres dindines (tabiques). No quiso Dios que por entonces me hallasen ⁴⁷.

El padre Francisco de Jesús refiere: *El año 1626 me embarqué con tres religiosos franciscanos para los reinos que se llaman de Fingaxi, que es la cabeza de Japón, quinientas leguas de Nagasaki, adonde estuve cerca de tres años y, no obstante que allá se hacía mucho fruto, con la mucha conversión que allá hay, con mis doxucos (catequistas) y coadjutores hice (digo nuestro Señor, por este instrumento inútil) 840 y tantos cristianos* ⁴⁸.

Después de dos años y medio decidieron separarse los dos misioneros. El padre Francisco salió de Nagasaki el 8 de abril de 1626 para el reino de Bojo en la parte norte del Japón. El padre Vicente se quedó en Nagasaki y, para evitar ser apresado, debía *mudar de residencia a cada momento, disfrazándose de portugués, japonés, a veces de esclavo. Vendía fruta, verdura, leña, pescado o cualquier otra cosa a fin de poder, sirviéndose de estos medios, remediar las necesidades espirituales de aquellos fieles, acudir a donde fuese llamado y burlar la vigilancia de los perseguidores. Notables y heroicos fueron los ejemplos de caridad en que incesantemente se empleaba el santo fray Vicente, asistiendo a los cristianos en sus enfermedades, limpiando por sí mismo y curando sus llagas, y solicitando de sus paisanos, los comerciantes portugueses*⁴⁹, *limosnas que repartía después entre los necesitados. Y para que no faltase nada para ellos, se contentaba para su sustento con unas habas o un poco de arroz, a que a veces añadía algún pescadillo* ⁵⁰.

Después de un tiempo tuvo que internarse en los montes, porque lo buscaban con ahínco. *En dos ocasiones se vio en sumo peligro de caer en manos de los ministros. Sabiendo éstos una vez que se hallaba en casa de un tal Garvas, fueron a prenderle, pero tuvo la fortuna de poder huir al monte y salir de este modo del peligro. En otra ocasión, viéndose perseguido muy de cerca por los ministros del tirano, no halló otro medio para evitar el caer en sus manos que meterse en un cenagal sin dejar fuera más que la cabeza, pasando de esta manera toda una noche. Con un género de vida semejante llegó a resentirse*

⁴⁷ Sicardo Joseph, *Cristiandad del Japón y dilatada persecución que padeció*, Madrid, 1698, pp. 204-205.

⁴⁸ Carta del 25 de octubre de 1630 desde la cárcel de Bomura.

⁴⁹ Él era portugués, nacido en Albufeira (Algarve).

⁵⁰ Sicardo Joseph, o.c., pp. 208-209.

*tanto su salud que padeció una porción de enfermedades, quedando tullido de pies y manos en los últimos días de su vida*⁵¹.

Veamos algunas peripecias del padre Francisco de Jesús: Un día llegó al puerto de Nagasaki un navío español con el fin de entablar relaciones comerciales con el Japón, pero el emperador, pensando que venían religiosos no quiso recibir la embajada. Entonces *el padre Francisco de Jesús, disfrazado en traje de esclavo, se tiñó la cara y manos tan de negro que todos lo tenían por tal. Metióse en una embarcación pequeña cargada de fruta, lechugas y otras legumbres. Iba remando en ella y así llegó con título de vender esta mercadería a los españoles del navío. Abordó el barco y salieron los soldados del navío a comprar. Regateaba el esclavo fingido, pidiendo más de lo que valían las legumbres y haciendo de propósito otras bravatas para el disimulo. Con que le daban muy grandes pescozones llamándole perro japonés y otras semejantes afrentas. Reparando el capitán desde la popa el mal tratamiento que se le hacía y la gran paciencia con que lo llevaba, lo llamó; y estando a solas se descubrió a él. Entonces el capitán, confuso y enternecido, se le arrojó a los pies por besárselos, admirado de tanta humildad y paciencia, pidiéndole perdón y diciéndole que por qué no avisaba quién era, y hubiera excusado se le tratase mal...*

Finalmente, habiendo declarado el padre fray Francisco que había tomado aquel disfraz para saber el socorro que traía a los religiosos, se lo entregó el capitán, así lo que iba para nuestros recoletos como lo que iba para los demás de otras Órdenes. Y con esta traza lograron los ministros de aquella viña del Señor de los socorros que se les enviaban y pudieron responder a sus Superiores, entregando el padre fray Francisco las cartas al capitán, valiéndose de la dicha estratagema.

De esta misma usó otra vez para confesar a un capellán de un navío que como estuviese a punto de morir, pidió le buscasen uno de los ministros encubiertos que andaban en el Japón. Súpolo el siervo de Dios y, tiznándose de negro, tomó una cesta de castañas con título de venderlas. Salió por la puerta de la ciudad en que estaban los guardas, llegó al navío (que había llegado de Manila) y haciendo los mismos disimulos que la vez pasada, se fue entrando hasta el camarote, donde confesó al clérigo. Mas no quedó sin premio la acción del padre fray Francisco, porque permitió Dios que uno de los españoles del navío, sobre concertar las castañas, le dio una gran bofetada; y él la disimuló de suerte que se conoció ser sacerdote y religioso. Y arrepentido el soldado, se echó a sus pies, pidiéndole perdón; mas el padre Francisco lo estorbó, dando por razón que importaba disimular por guardar la vida. Con estos medios

⁵¹ Ib. p. 212.

solicitaba el bien de las almas y se disponía para la corona del martirio que Dios se sirvió concederle ⁵².

El padre Francisco de Jesús escribió el 26 de marzo de 1627: *Hemos bautizado (con tres franciscanos) al pie de seis mil cristianos y de éstos, los que yo he hecho, llegan a mil y quinientos, que para ser yo nuevo en la tierra no ha sido poco número; pero no ha llegado a la medida de mis deseos, pues si en mi mano estuviera, no hubiera alma que no redujera al verdadero conocimiento de la fe de Cristo Señor nuestro, pagándole con esto alguna parte de lo mucho que su divina Majestad padeció por el género humano. Es tierra frigidísima, tanto que acaece muchísimas veces helarse el vino en el cáliz y vinajeras diciendo misa. Nieva todos los años una pica en alto. Los vientos que a tiempos hay son terribles y fríos en extremo, y por esta causa grandísimos los trabajos y “descomodidades” que tenemos los religiosos, pues como andamos siempre escondidos y recelándonos de que no nos cojan, muchas veces sucede habitar y dormir en partes tan desabrigadas y expuestas a las inclemencias del cielo, que milagrosamente sustentamos las vidas. Pero lo que nos sirve de abrigo y defensa en semejantes calamidades es considerar que es su divina Majestad por quien las padecemos, y armados con esta consideración todo se nos hace fácil y gustoso, y estimamos más estos trabajos que cuantos regalos y pasatiempos tiene el mundo. Es la gente buena y los que se bautizan buscan con grandísimas ansias la salvación. Podré decir con verdad que de los que he hecho cristianos, los más de ellos, en un mes, aprendieron casi todas las oraciones, que no es de poco consuelo ver cuán a pechos lo toman después de haberse determinado a dejar sus errores. Ahora nuevamente ha enviado el emperador mandatos apretadísimos a los señores de estos reinos para que hagan en ellos pesquisa de los ladrones espirituales. Su divina Majestad nos ayude y socorra en semejantes aprietos y persecuciones como ha hecho en otras, y, si fuere de su servicio, dispuesto estoy con el alma y la vida a padecer cuantos incendios y tormentos puede el tirano imaginar e inventar. Pero soy tan miserable y malo que no mereceré que nuestro Señor me haga tanta merced y señalado favor que llegue a dar la vida por su amor. Estamos todos los ministros cada cual en su reino y algunos acuden a dos o tres y, si hubiera cincuenta más, hubiera bien en qué ocuparse* ⁵³.

En otra carta escrita a un hidalgo portugués, le dice: *Habían traído presas a diez o doce muchachas doncellas de Firaxima y otras recién casadas de Maye y las hicieron esclavas. Aquí llegó nuestro dolor..., considerando aquellas angélicas que ayer cantaban, cuando íbamos a su pueblo, con nosotros salmos e himnos..., viéndolas cantar a coros y sus almas sinceras, cual palomas sin hiel,*

⁵² Historia general OAR II, pp. 179-180.

⁵³ Bullarium OAR II, n° 454.

*verlas hechas esclavas de un tirano... Y lo que de llorar es, que a las de mejor gracia las venden a gente ruin y bellaca que sólo intenta ganar con ellas y las compran para ponerlas en casas públicas. ¿A quién no quebrantará el corazón de dolor? Muchas de estas criaturas rescataron los benditos padres solicitando limosna para comprarlas y sacarlas del peligro en que las ponía la violencia y astucia del tirano*⁵⁴.

Otra cosa que hicieron los tiranos fue que a los niños pequeños que quedaban después de haber martirizado a sus padres, los entregaban a vecinos gentiles o renegados para que los educasen en contra de la fe cristiana.

11. PRISIÓN Y TORMENTOS

Sobre esto escribe el padre Vicente de San Antonio: *El año 1629 en los primeros de agosto entró en el gobierno de Nagasaki el tirano Unemedono, persiguiendo a la cristiandad con tanto rigor que no quedó en ella ni en sus alrededores casa que no padeciese su furor, porque ya con fuerzas de tormentos ya con amenazas y otras trazas del infierno, derribó a todos los hombres y mujeres, pequeños y grandes, y fue tal y tan extraordinaria la persecución, que en este reino hubo en esta misma era y tiempo, que no quedó criatura sensible o insensible, muerta o viva y aun por nacer, a quien no llegase... Los montes, llenos de perseguidos, con sus gritos y bramidos temblaron de temor, las piedras quebradas por no dar a recogimiento a algún cristiano, los bosques y llanos por no ser amparo a los perseguidos se quemaban y los arboles padecían el rigor del fuego, porque con sus hojas y ramas no amparasen a los acosados. Las aguas: no se les permitía tener en sí las embarcaciones, porque no recogiesen en sí a los que a ellas se recogían. Los ríos y arroyos, corriendo sangre, sentían el rigor de los tiranos. Los animales y brutos, desamparando sus cuevas y huyendo de los bosques, daban señal de tan admirable persecución. Los lugares, aldeas y villas eran desamparadas de sus moradores. Los hombres, niños y mujeres, robados; unos despreciados y maltratados, eran presos; unos quemados vivos, otros aserrados con sierras de caña; otros alanceados, otros degollados y con notables géneros de tormentos, fueron a gozar de la divina gloria.*

Mas lo que hay más de sentir y es mucho para llorar es que, no sólo los vivos fueron perseguidos, sino que los muertos que había muchos años que eran difuntos, fueron desenterrados y quemaron los huesos. Mas lo que sobre todo se debe llorar con lágrimas de sangre es, que no sólo hacían renegar a los mártires con muchos y varios géneros de tormentos, sino que aun a los hijos que tenían en sus entrañas los hacían protestar por las bocas de sus madres que vivirían en la

⁵⁴ Historia general OAR II, p. 200

gentilidad en naciendo. Aquel año fue la persecución universal en estas provincias de Xino, es a saber, Nagasaki, Bomura, Firando, Gutto, Amacusa, Hino y Figeb... Estaba en este tiempo el padre Francisco de Jesús, mi compañero, descansando de un largo viaje que hizo de Fingaxe a estas partes en un monte de una isla llamada Frosima, treinta leguas de Nagasaki, metido por los montes porque del todo se habían cerrado los puertos y caminos para salir, pero echando el resto, ayudado de los cristianos, me embarqué y fui a verme con mi compañero en la isla a donde, por estar lejos de Nagasaki y ser cosa de poco momento, no tuvieron la tribulación del tirano. Aquí pues nos consolamos en la fiesta de nuestro Padre San Agustín y al día siguiente me partí otra vez para esta costa. De manera que, entendiendo hallar a donde poner los pies después del diluvio general de este perseguidor, fue al contrario, porque después de estar ya de la otra banda, ni atrás ni adelante me daban lugar. Paséme al reino de Arima y allí como pude pasaba hasta ver el fin...

Pocos días después de apartados, nos dieron nuevas que habían preso al padre fray Bartolomé, religioso de la Observancia de nuestra Orden en el reino de Ytafay, seis leguas de Nagasaki. Con esta nueva procuramos apartarnos más de lo que estábamos. Con intento de pasarme acá llegué a la dicha isla en la noche, diecisiete de noviembre. Luego el día siguiente prendieron a mi compañero en el lugar donde le dejé, porque con la persecución del tirano se levantaron muchos Judas entre los cuales, hubo uno que acusó a su amo, el padre Benito Fernández, de la Compañía, que acaso había estado en aquella costa antes que nosotros y saliéndolo a prender toparon con mi compañero y apretando con tormentos a los caseros se descubrió el lugar a donde yo estaba, al cual con suma diligencia atravesaron y el lunes en la noche llegó a tierra la embarcación con dos tonos de Bomura y, al estruendo y ruido que hicieron al desembarcar, se supo su intención y, avisándome, hui al monte con un compañero, hombre principal de aquella isla, llamado Yoximon Pedro, el cual me guió aquella noche y la segunda en que nos apartamos hasta el sábado siguiente en que me prendieron con el mismo compañero que andaba por el monte, buscando alguna cosa que comer; y topando con otro que era su suegro, llamado Pedro Casuqui, entrambos vinieron a donde yo estaba por ver si me hallaban aún vivo y confesarse para morir. Desde el lunes a medio día, que comí en la isla, hasta el sábado siguiente estuve sin comer y beber si no fue el viernes que comí tres hostias con que me quedé, que las tenía con el ornamento con que solamente hui al monte con un quimono que acaso tenía vestido, sin otra más ropa, siendo entonces el rigor de los fríos del Japón. Pero el Señor Dios que me guardaba para confesar su santo nombre en los tormentos que se me siguieron, permitió que ni de hambre, ni de frío ni quemado, pues tres veces llegó el fuego adonde estaba sin que pasase a mí...

Fuera imposible hallarme, si no fuera acusado por uno del mismo pueblo que sabía el lugar donde yo estaba. Fueron en mi seguimiento treinta y siete funeas (barcas) con seiscientos hombres, así de Bomura como de Nagasaki. Fue mi prisión el día de Santa Catalina, que por ser entonces el tiempo riguroso, no pudieron salir las embarcaciones hasta el martes siguiente en que entré preso; en el cual día entré preso en Nagasaki. Fue entonces grande el rigor de la persecución en aquel reino de Bomura, en especial en aquellas islas y en la costa donde fueron los presos por todos cien personas, mujeres, hombres y niños, de los cuales sesenta y siete padecieron glorioso martirio el año siguiente a veintiocho de septiembre de 1630...

A Nagasaki vinimos al día siguiente que fue veintiséis de noviembre de 1631. Luego fuimos metidos en el tronco o cárcel de Nagasaki de donde nos volvieron a sacar a cinco de diciembre, llevándonos a los cinco religiosos con dos mujeres, madre e hija, al tormento del infierno de Arima, que esto es lo que pretendía el tirano y por eso nos dilató la vida, siendo cosa tan extraordinaria, pues hasta ahora no se usó con religioso ninguno en Japón. Partimos en fin de Nagasaki a cinco de diciembre, día de Santa Bárbara por la mañana y, llegando al puerto de Finenos, nos embarcaron a cada uno en una funea, apartándonos como siempre. Nos tuvieron apartados hasta tornar al mismo puerto embarcados. Nos llevaron aherrojados con grillos; hicimos nuestros viajes a Vobama, que es un puerto que está al pie del infierno, tres leguas de él y diez del puerto de Finenos arriba. Llegamos a Vobama aquel mismo día y haciendo allí noche nos renovaron las cuerdas de los brazos con tanto rigor que era imposible dormir ni sosegar hasta por la mañana que, puestos a caballo, subimos al infierno, camino tan áspero y agrio que fue necesario andarlo casi todo a pie. Llegados que fuimos arriba se descubrieron los lugares y chimeneas del infierno que por la señal densa que se levantaba era fácil de conocerse lo que después vimos y experimentamos.

Luego aquel día que fue viernes a las tres horas de la tarde, fueron los cinco bugios (guardas), que nos llevaron a su cargo, al lugar del tormento acompañados de su gente y armas; y puesto en un alto junto a aquella infernal poza, la cual es de grandeza de una gran era de trigo, en ella hierva agua envuelta con azufre con tanto ímpetu que sube en alto más de una vara, haciendo un estruendo como un grande ruido de agua que corre con grande furia. Es tal esta fuente que, en echando a un cristiano o muchos juntos, luego en un momento como ya otras veces lo han hecho, aparecen los huesos limpios y afilando el hervor los torna a revolver, luego desaparecen porque los consume. No tiene fondo ni se le sabe, y por mucho que hierva y echa fuera como ondas del mar no crece agua en ella. En el invierno, que es el rigor de los ríos de Japón, hierva con más furor y mengua grande parte. Era tanto el frío en aquel

lugar que se gastaron en treinta y un días que allí estuvimos tres mil setecientos y sesenta y tres cargas de leña y cuando en Nagasaki estaba templado el aire y sin nieve, allí comenzó a nevar el día de San Juan Evangelista con tanta furia que aquella noche hubo dos palmos de altura y nunca más cesó hasta que tornamos a este lugar donde apenas había nevado, estando solamente de distancia catorce leguas... Puestos aquí nos llamaron uno a uno de esta manera: Amarradas las manos atrás nos llevaron desde donde estábamos hasta aquella poza que sería de distancia de tres tiros de arcabuz y, llegando el primero, le mandaron quitar los hábitos y dejándolo desnudo en carnes, solamente con una toalla en las partes vergonzosas... Nos decían por un intérprete que renegásemos de la ley de Dios y, si acaso no quisiésemos, habíamos de padecer el tormento del azufre derretido, que en aquella poza estaba hirviendo a borbotones más de dos palmos en alto con tanto furor y estruendo que solamente aquellos que nuestro Señor ayudare lo podían sufrir. Advirtiéronnos más los dichos tiranos que, si acaso nos moviésemos de aquel lugar donde estábamos padeciendo, sería señal que renegábamos, a lo cual respondimos todos por una boca, aunque divididos, diciendo que el cuerpo faltaría como mortal, pero el corazón y su mensajero la lengua diría lo que el alma sintiese así. Nos comenzaron a atormentar echando con un cazo de aquel licor una y otra y tres veces y luego nos mandaron vestir los hábitos y nos tornaron a nuestro domicilio..., en que estuvimos treinta días y otras tantas noches con esposas en las manos y en los pies grillos apartados unos de otros, comiendo una vez al día una sardina salada y un poco de arroz.

Fue el primer tormento tan riguroso que luego se nos abrieron las costillas de manera que apenas quedó lugar para el segundo día. En primer lugar fue mi compañero. En el segundo fui yo, en el tercero fue el padre Antonio Pinto, el cuarto el hermano Gabriel y dos mujeres, de las cuales la hija María de Silva, por ser moza y delicada en el segundo golpe del agua cayó con el cuerpo en tierra, pero nunca con la boca renegó y la tuvieron por renegada, siendo así que no lo era, pues al tiempo que la tornaban para Nagasaki entendió por qué lo hacían y entonces, aunque tarde, tornó a su casa diciendo que no había renegado y que la tornasen a llevar a donde estaba su madre y los padres y lo mismo dijo en Nagasaki, cuando la quisieron obligar. El padre fray Bartolomé no fue en este tormento atormentado ni en el segundo día ni en el tercero. Solamente el cuarto día y el quinto le echaron este licor. Fue tan poco que nunca le hizo llaga ninguna, porque el dicho padre estaba debilitado de no comer y así no le apretaron. El hermano fue el primer día y el segundo en que le cargaron la mano de suerte que junto al tormento con sus pocas fuerzas, se desmayó el segundo día; y nunca más le atormentaron. Yo, por parecer más mozo que los demás, aunque con menos fuerza y más delicado, me atormentaron los cinco días. En el último día, después del tormento, cuando me quise mover para

vestirme, me desmayé, perdiendo los sentidos y se me entumecieron los brazos y piernas de manera que entendí que se acababa la vida y ellos, los tiranos, entendiendo lo mismo me acudieron con un cordial con que torné un poco y entonces, valiéndose de la ocasión, me apretaron con gritos a que renegase, pero, aunque las fuerzas faltaban, les respondí lo que Dios me ayudó con que me trajeron en brazos para mi domicilio a donde lo restante del tiempo estuve siempre enfermo y desconfiado de los médicos que para curar nos había enviado el tirano de Nagasaki. Mi compañero y el padre Antonio Pinto fueron atormentados otra vez, que fueron seis, con las cuales dieron fin a la insigne batalla, dejando al enemigo vencido y triunfando la ley del verdadero Dios de misericordia, a quien se den gracias por las muchas que usó con sus siervos.

La Madre Beatriz de Acosta fue atormentada cinco días de agua como yo y una vez de piedra con el padre Francisco de esta manera en aquel tiempo tan riguroso de fríos. Los pusieron sobre una piedra redonda y áspera descalzos en pie y con una piedra en la boca como un huevo y, aunque mi compañero estuvo muy quieto toda una noche en este tormento, la sierva de Dios Beatriz la padeció casi toda la noche con tanto ánimo que después le causó la frialdad un dolor con que estuvo a punto de morir y, temiendo los tiranos, la enviaron para Bomura a donde estuvo hasta que nos juntamos para tornar a Nagasaki. Otra vez tornaron a los tres padres y hermano al lugar del tormento y ésta fue la última visita de aquel lugar y poniendo una imagen del Salvador la mandaron pisar con los pies y, si no, que los habían de cocer en aquella caldera, lo cual escogieron de buena voluntad los siervos de Dios por no poner los pies en la imagen, a mí me hicieron el mismo requerimiento a que respondí que de mejor voluntad cortarían los pies antes que llegase a tal punto. Entonces me dijeron que así como estaba me amarrarían y por fuerza, me pondrían debajo de los pies la imagen. Entonces les respondí que esa sería obra suya y que ellos la pagarían y que para mí no sería culpa alguna; con la cual respuesta me dejaron en paz. En este tiempo subió el tirano a la Corte y nos mandó traer a Nagasaki, donde vinimos, aunque los demás a caballo y con algunas fuerzas, pero a mí me trajeron en una tumba hecha de cañas por las pocas fuerzas que tenía. De esta manera entramos en Nagasaki, víspera de los Reyes, y nos metieron en el tronco o cárcel de Cruzmaqui, donde nos tienen presos y aquí estamos esperando lo que el Señor fuere servido. A veinte y dos de julio de 1632. Fray Vicente de San Antonio⁵⁵.

Fue larga la prisión de estos siervos de Dios (Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio). Duró tres años y, si estando libres convirtieron a muchos, durante el cautiverio reconciliaron a unos, bautizaron a otros y

⁵⁵ Bullarium OAR II, N° 474.

*animaron a muchos de palabra y por escrito. Llamó mucho la atención la conversión de un bonzo (religioso budista) por medio de fray Vicente. Este bonzo había venido a vivir al Japón de Cochinchina (Vietnam) y al ver los vicios de los bonzos japoneses se desanimó de su religión. Queriendo hablar con un sacerdote cristiano, fue a la cárcel y habló con fray Vicente. Se bautizó y predicaba sin temor la nueva fe, pero lo apresaron y lo hicieron quemar vivo en compañía de otros cristianos*⁵⁶.

El padre Andrés del Espíritu Santo escribe en su *Relación simple* de 1640: *El padre Francisco de Jesús el 18 de noviembre de 1629 fue preso en los montes de Yokinoura. Y al día siguiente fue llevado por crueles ministros a Nagasaki, cargado de prisiones, pero con tan singular alegría de su alma que iba todo el camino cantando alabanzas a nuestro Dios y predicando a los gentiles. Y no obstante que lo llevaban preso, le mandaban callar y le daban a ese fin muchos golpes y palos, (pero) jamás desistió el siervo de Dios de su santo ejercicio. Antes se alegraba más con aquellos malos tratamientos, llevándolo todo con tan singular paciencia que enternecía a los que lo miraban... Hallaron a nuestro (Vicente de San Antonio) varón santo, el sábado 24 de noviembre, y cargándole de prisiones y desquitando con malas palabras y peores tratamientos el trabajo que les había costado su hallazgo le llevaron a Nagasaki juntamente con los doxucos, coadjutores e intérpretes, y presentado al tirano, que le mandó poner en compañía de los demás padres que estaban en la cárcel de su casa...*

De día y de noche cantaban a Dios divinas alabanzas hecho ya coro de ángeles un lugar tan hórrido e inmundo como son todas las cárceles del Japón, donde dejan los cuerpos de los que allí mueren para tormento de los vivos... Entre otros muchos convirtió y bautizó el santo fray Vicente a un bonzo o sacerdote de los gentiles, que después fue insigne mártir...

*Consólo la Majestad divina a sus amados siervos en medio de los rigores e incomodidades de su prisión singularmente, disponiendo les preparasen el camino del cielo los que habían sido en la tierra sus hospederos, coadjutores e intérpretes, padeciendo gloriosamente martirio por la confesión de la fe 78 personas, entre hombres, mujeres y niños en el término de un mes y tres días*⁵⁷.

Estuvieron encarcelados cerca de tres años, hasta que llegó el día de su martirio. *Estaban las columnas prevenidas en hilera, distantes una de otra diez palmos. El tirano para hacer más penoso el martirio mandó hacer sobre ellas un género de enramada, cubierta de ramos verdes, mezclados con paja mojada con agua salada y tierra; a fin de que ardiendo poco, arrojase mucho humo que los*

⁵⁶ Historia general OAR II, pp. 196-197.

⁵⁷ Boletín de la provincia de san Nicolás de Tolentino de los agustinos recoletos, año 1967, pp. 273-280.

atormentase. Luego hizo poner mucha leña, apartada dos brazas de las columnas, rociada con agua para que el humo espeso y el fuego distante prolongase la muerte y fuese más penosa... Los llevaron cerrados en unas literillas pequeñas, fuertemente amarrados para que ni viesen la piadosa multitud de cristianos encubiertos que al espectáculo concurrió, ni de ella fuesen vistos. Llevaban a las espaldas unas varas altas y de ellas pendientes unas banderillas de papel en que estaba escrita la sentencia del tirano, que decía que morían por ser sacerdotes y ministros de cristianos y porque predicaban la ley de Cristo en Japón...

El venerable fray Vicente por un resquicio alcanzó a ver algunos portugueses y levantando la voz repitió, esforzadamente: “Viva, viva la fe de Cristo”. Y como no le respondiesen, temerosos, volvió a clamar: “¿No hay quien me responda?”. Entonces uno de los que iba más cerca respondió: “Viva”. Y el bendito padre prosiguió: “Viva, viva”. Luego todos los seis comenzaron a cantar el salmo: “Laudate Dominum omnes gentes”, prosiguiendo hasta la estacada...

Sacáronlos de las literillas... levantaron las manos y ojos al cielo, dando gracias por el favor que Dios les hacía; y volviendo los ojos a la multitud, la animaron, encomendando la fe y guarda de los mandamientos, y echando bendiciones a todos... Puestos en sus columnas, se volvieron a despedir y animar repitiendo las gracias al Señor por el favor que les hacía. A este tiempo ya estaba puesto el fuego a la leña y el, siempre esforzado, fray Vicente sacó un crucifijo de bronce del pecho y levantándolo en alto decía a sus compañeros: “Viva la fe de Jesucristo. Ea, soldados valerosos; ea, caballeros de Cristo, viva la fe santa”.

El venerable padre fray Francisco, sacando otra imagen de nuestro Redentor crucificado, puso los ojos en él hablando más con afectos que con palabras... El mismo valor del cielo animaba a todos los mártires, cuando el fuego arrojando humo con gran furia levantó la llama por todas partes, abrasando la enramada con que cercados de fuego acabaron en breve aquellas felices vidas...

Quemáronse los benditos cuerpos y echaron los ministros las cenizas al mar para que no llegasen sus reliquias a poder de los cristianos. Y no faltaron señales del cielo con que celebró esta victoria. Vióse una gran luz en el aire sobre los gloriosos mártires al tiempo que padecían y porque no quedase duda que era fuera de natural, quiso Dios que el día fuese nublado y así brillaba más el resplandor. Una ave blanca se mostró también tendidas las alas, haciendo tornos encima de los benditos cuerpos, mientras se acababan de quemar.

*Causaron estas demostraciones gran pavor en los bárbaros, que sería la multitud como de veinte mil personas*⁵⁸.

Murieron juntos el padre Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, agustinos recoletos, con el padre Bartolomé Gutiérrez, agustino observante, fray Gabriel de la Magdalena, religioso lego de la Orden franciscana; el padre Antonio Pinto de la Compañía de Jesús y el padre Jerónimo de la Cruz, sacerdote japonés de la Orden tercera de San Francisco.

En total fueron seis los religiosos mártires. Era el día 3 de septiembre de 1632. El padre dominico Domingo de Erquicia, testigo presencial del martirio y que después también murió mártir, pudo contar algunos detalles de estos martirios.

12. MELCHOR DE SAN AGUSTÍN Y MARTÍN DE SAN NICOLÁS

Estos son otros dos religiosos agustinos recoletos mártires que, al morir sus hermanos Francisco y Vicente, tomaron a su cargo la dirección de los terciarios y en concreto de Magdalena de Nagasaki. Apenas pudieron trabajar tres meses con ella, ya que fueron apresados.

Ellos salieron de Manila el 4 de agosto de 1632 y el mismo mes llegaron al Japón. Pasaron a Nagasaki con la esperanza de ver vivos a los padres Francisco y Vicente. Según una versión, llegaron al día siguiente a su muerte. Pero la versión del padre Diego de San Juan evangelista, en carta del 10 de agosto de 1633, afirma que asistieron a su glorioso martirio.

Lo cierto es que fueron recibidos y hospedados por el padre dominico Domingo de Erquicia, quien les aconsejó que no bajaran a la ciudad. Trataron de aprender la lengua y consiguieron algunos frutos, pero ambos se enfermaron y prefirieron arriesgarse a tener que morir en los montes. Bajaron a Nagasaki a curarse y allí fueron reconocidos por los marineros chinos que los habían llevado al Japón, quienes los denunciaron. Fueron apresados y metidos en la misma cárcel donde habían estado anteriormente sus dos hermanos Francisco y Vicente. El 11 de diciembre de 1632 fueron llevados al *monte de los mártires*, donde fueron quemados a fuego lento.

El padre Diego de San Juan evangelista, en carta que escribe al prior del convento de Zaragoza en España, del 10 de agosto de 1633, le dice: *Estos dos*

⁵⁸ Historia general OAR II, pp. 210-212.

religiosos fray Melchor de San Agustín, y fray Martín llegaron dentro de ocho días que salieron de Manila (que fue a cuatro de agosto de 1632) a Japón, adonde fueron de los japoneses cristianos muy bien recibidos y regalados, y aun les parecía a ellos demasiado regalo el que les hacían, llevándoles de casa de unos cristianos a casa de otros, deseando todos gozar de ellos, y lo mismo escriben habían hecho con los de las demás Religiones, que pasaron con ellos, que fueron franciscanos, dominicos y de la Compañía. Halláronse presentes al martirio de nuestros santos hermanos fray Francisco y fray Vicente con los demás compañeros, mirándolo algo apartados, y aunque estos llegaron a la viña del Señor tarde, dióles el jornal como a los demás por entero; pues al cabo de tres meses que estaban en el Japón administrando, fueron a tres de noviembre acusados por unos chinos, que los conocieron, y al santo fray Melchor prendieron por la mañana, que estaba malo en la ciudad de Nagasaki, y al santo fray Martín por la tarde, adonde estuvieron presos hasta el once de diciembre. En este tiempo les persuadieron que renegasen, ofreciéndoles de parte del emperador oficios de honra, mas los santos respondieron como valerosos españoles y predicadores del santo Evangelio, que la honra que ellos tenían era padecer mucho por Jesucristo, cuyo Evangelio predicaban. Fueron quemados amarrados a unos palos con un lazo, para que siempre que quisieran salir pudiesen. Iban al martirio cantando himnos y salmos, y con ellos otros santos japoneses, hermanos de nuestra Orden, que llaman en Japón caseros, y doxucos de los padres, que son los compañeros, los que les ayudan al ministerio y cargan los ornamentos.

Llegados al lugar del martirio, fueron amarrados. Allí comenzó el santo fray Melchor a predicar, y decirle al tirano, que estaba presente, que mal hacía en perseguir a los cristianos y predicadores del santo Evangelio... Quedaron los santos mártires animando a sus compañeros, y predicando a los gentiles, que les estaban mirando (que dicen pasaban de veinte mil personas). En esto llamó uno al santo fray Martín para que le confesase: y desamarrándose, con su gran caridad pasó por medio de aquellas llamas, y le confesó, y se volvió a su palo, y se amarró, y en otras dos ocasiones hizo lo propio; cosa que (según cuentan los españoles que se hallaron presentes) parecía un ángel por medio de aquellas llamas, que parece le obedecía el fuego, y le hacía camino; o como los niños del horno de Babilonia estaba el santo en medio de aquellas llamas, alegre y resplandeciente el rostro, pues dicen que a los que le miraban parecía que salían de su rostro rayos de luz, y hasta un infiel dijo que le pareció más hermoso entre las llamas, que cuando iba a ellas. Vivió el santo fray Martín, como afirman los portugueses, dieciocho horas arrimado al palo sin caer, cosa que en muy pocos ha sucedido, y que jamás cesó de predicar, o cantar alabanzas al Señor. El santo fray Melchor murió antes, mas siempre predicando, y acompañando a sus compañeros y a los demás, cantando himnos y salmos. Muertos los santos,

cogieron los cuerpos, y los entregaron a las llamas para hacerlos cenizas, y cogiéndolos como a los pasados, los echaron a la mar, para que los cristianos no cogiesen reliquias: mas con todo tenemos los hábitos y mantos de los santos.

Por su parte el padre Andrés del Espíritu Santo en su Relación del año 1640 escribe: *Llegaron a Nagasaki a cuatro de septiembre, un día después del martirio de los santos fray Francisco de Jesús, fray Vicente de San Antonio y sus compañeros. Encamináronse luego al monte donde estuvieron escondidos aprendiendo lengua y haciendo algún fruto por espacio de dos meses menos tres días. Cayeron enfermos y fuéles forzoso venir a curarse a la ciudad, donde el 1 de noviembre del mismo año de 32 fueron presos y puestos en la cárcel llamada Mandacoro, que está en la misma casa del gobernador.*

Aquí estuvieron estos siervos de Dios padeciendo las incomodidades, penalidades y trabajos que en las cárceles de Japón se padecen; pero sumamente alegres de verse presos por Cristo por cuyo amor deseaban dar sus vidas. Hicieron en la cárcel mucho fruto, predicando y exhortando a los que allí llegaban a la observancia de los preceptos de Dios. Confesaban a los fieles y reconciliaban a los que habían negado la fe. Hacían áspera penitencia; ocupábanse en alta contemplación, y en las divinas alabanzas estaban cuando llegó a la cárcel un mensajero de parte del tirano, que les dijo que advirtiesen estaba preparado el lugar del martirio, que no se quisiesen tan mal que perdiesen la vida en la flor de sus años (que ambos serían de hasta 33), que renegasen y gozarían de la vida y sus deleites, de la gracia del emperador y de las riquezas y honras que les daría. A esto respondieron con fervoroso espíritu diciendo que lo que les había llevado a su tierra era el deseo de la salvación de las almas de todos cuantos en ella vivían, y que así no se cansase en persuadirlos vanamente, que quien procuraba la salvación de otros no había de querer perder la propia negando la fe que profesa y es la que sola encamina a vida eterna; que hiciese de ellos lo que quisiese; que si les quitase la vida, sería instrumento para que consiguieren más en breve lo que sumamente desean, dilatándose lo que la vida durase.

Oyendo esta respuesta Unemedono, lleno de furor y diabólica rabia, (mandó) pusiesen dos columnas en el lugar designado para el martirio de los ministros del Evangelio, veinte brazas más en lo alto del monte de lo que se acostumbraba poner hasta entonces, y prevenir mucha leña y raja para cebar el fuego.

Y en 11 de diciembre del mismo año fueron estos siervos de Dios sacados de la cárcel y llevados en literillas cerradas al lugar del martirio, puestas a las espaldas banderillas de papel en que iba escrita la sentencia, que decía: Iban

condenados a muerte por predicadores de la Ley de Cristo. Llegados que fueron a aquel monte santo nuestros valerosos guerreros, fue por los crueles verdugos atado cada cual a su columna por sólo un dedo de la mano, como acostumbran, para que pudiesen, queriendo, desatarse.

Puestos en las columnas, se despidieron de los portugueses, pidiéndoles perdonasen si por su ida a aquel reino recibiesen algún daño en sus haciendas, y asimismo predicaron y exhortaron a todos los presentes a la guarda de los preceptos divinos y a la perseverancia en la fe. Y pidieron con entrañable afecto les encomendasen a Dios.

Pusieron fuego los verdugos cerca del santo fray Melchor y encendióse con tal ímpetu que no le dio lugar a que, con la mano que tenía libre, se quitase el quimono de encima para que se descubriese otro negro que tenía debajo (que no les pudieron dar hábito los portugueses); pero en medio de esas furiosas llamas estuvo el siervo de Dios sin mover el cuerpo hasta que voló el alma a la bienaventuranza.

El santo fray Martín padeció por espacio de dos horas con increíble constancia y fortaleza. Y queriendo los ministros acercarle el fuego, no lo permitió el tirano; pero la Majestad de Dios, por quien padecía, dispuso que se mudase el viento, con que acabó su vida gloriosamente, partiendo el alma a gozar el premio de su martirio. A éste estuvieron presentes más de 300 portugueses y más de 20.000 japoneses, y quedaron todos generalmente tan admirados de la fortaleza de estos varones santos que unos daban gracias a Dios por las maravillas que usa en sus siervos, y otros ponderaban que sin duda era poderoso el Dios por quien padecían, pues les daba tal valor y constancia.

13. MARTIRES TERCIARIOS AGUSTINOS RECOLETOS

Según la Relación simple del padre Andrés del Espíritu Santo. Luego que fueron presos los venerables padres fray Francisco y fray Vicente prendieron a todos los cristianos que habían sido sus caseros en aquellos contornos, a tres de los cuales dio el hábito de donados allí en la cárcel el santo fray Francisco (vicario provincial en aquel reino) y el de terceros (terciarios) o mantelatos de nuestro Instituto a 23 y todos ellos profesaron en sus manos. A estos y a 41 hermanos y cofrades de la Cinta, admitidos a la Cofradía, algunos por el santo fray Francisco y otros por el siervo de Dios fray Vicente, les amonestaron de parte del tirano que dejasen la ley que profesaban y gozarían de los deleites de esta vida y alcanzarían grandes premios de emperador. A lo cual respondieron, como discípulos de tales maestros, que no tenían que tratarles de esta materia,

porque sería perder tiempo, pues si como tenían una sola vida tuvieran mil, tantas ofrecieran en defensa de la verdad católica que profesaron, pues sólo ella y en ella había salvación...

Vista su resolución por el tirano, pronunció sentencia contra ellos, mandando que a un cuarto de legua de la ciudad de Bomura en un campo llamado Focano pusiesen veinte columnas para que en ellas los cuarenta de éstos fuesen quemados vivos, atados de dos en dos en aquellas columnas, y los demás fuesen muertos a hierro. Notificóseles la noticia, y fue dignísimo de admiración y causa de inaudito consuelo para los siervos de Dios, fray Francisco y fray Vicente, ver el regocijo y fiesta que hicieron oyéndola aquellos prisioneros dichosos. Dábanse unos a otros el parabién de su felicidad en padecer por el verdadero Dios, por su ley y por haber hospedado y servido a sus ministros, que esta respuesta daban a los amigos que, compadeciéndose de su prisión y trabajos, les daban el pésame, advirtiéndoles que antes habían de darles el parabién de su feliz y dichosa muerte en padecer por las causas referidas. Arrójabanse con sumo gozo, humildad y lágrimas a los pies de sus maestros, y no acababan de rendirles gracias por los favores que de su encendida caridad habían recibido; y todos juntos se ocupaban en las divinas alabanzas, cantando himnos y salmos a la Majestad de Dios, hasta que los ministros del tirano, en 28 de septiembre, víspera del arcángel San Miguel, vinieron a la cárcel para sacarles de ella y llevarlos al lugar del martirio.

Es muy digno de advertencia que, poco antes de que llegasen los ministros, una sierva de Dios de la de aquella santa compañía, no sin particular espíritu, se comenzó a adornar y componer como si hubiera de salir a bodas. Y preguntándole la causa de semejante cuidado en ocasión como aquella, respondió que ninguna en el discurso de su vida había sido para ella más oportuna ni obligatoria a aquel cuidado, pues iba a verse con su querido y celestial esposo Jesús. Palabras que hicieron derramar muchas lágrimas de alegría a los fieles que las oyeron, y en particular a los siervos de Dios fray Francisco y fray Vicente. Ponderando la fe de aquella santa mujer, pidieron todos con humildad a sus maestros les diesen su bendición, y, recibida, los sacaron de la cárcel, puesto a cada uno un rótulo en las espaldas que decía morían por ser cristianos y no querer dejar aquella ley como les mandaba el emperador.

Iban por el camino cantando alabanzas a Dios y predicando a los gentiles, como lo hicieron sin cesar hasta la muerte. Pusieron a los cuarenta de dos en dos en las columnas, y en ellas, clavados los ojos en el cielo, sin hacer movimiento, entregaron sus dichosas almas, por medio de aquellas rigurosas llamas, en las manos de su Creador. De estos cuarenta quemados vivos fueron,

tres los hermanos donados Pedro del Espíritu Santo, Luis de San Miguel y Luis de San Agustín; dieciséis hermanos terceros o mantelatos de nuestro Instituto, y veintiún hermanos o cofrades de la Cinta, también nuestros. De los restantes, que fueron veintisiete degollados y cortados, hubo siete hermanos terceros nuestros y veinte cofrades de la Cinta, todos los cuales aguardaron el golpe de los verdugos de rodillas, puestos los ojos en el cielo y con la misma confianza y valor que sus compañeros habían padecido. Y es muy de notar que en estos últimos había niños de siete y cinco años y una santa mujer embarazada, con que antes de nacido fue mártir el dichoso infante que tenía en su vientre.

De allí a tres días fueron presos y traídos a Bomura cinco personas, marido y mujer y tres hijos (asimismo cofrades de la Cinta), y en el mismo lugar, por ser cristianos y caseros de los padres, fueron degollados, ofreciendo sus cuellos con suma fortaleza y singular alegría, causándosela notable a sus dichosos maestros cuando tuvieron nuevas de su glorioso triunfo.

No fue éste sólo el consuelo con que Dios nuestro Señor regaló a estos siervos aprisionados por su amor, pues antes de un mes tuvieron otro semejante con la nueva del martirio que habían padecido en Nagasaki otros seis hijos y hermanos suyos en Cristo. Algunos años antes de su prisión, había dado el hábito de hermanos legos el santo fray Francisco a tres doxucos o intérpretes, que les acompañaban a él y a su compañero y los ayudaban con grande espíritu en la conversión de las almas. Llamáronse el hermano fray Pedro, el hermano fray Lorenzo de San Nicolás y el hermano fray Agustín de Jesús María. Y asimismo, a otros tres, llamados Sebastián, Paulo y Juan, (a quienes se) había dado el hábito de terceros o mantelatos. Estos anduvieron perpetuamente con ellos, siendo los fieles compañeros en sus trabajos, y se quedaron en compañía del santo fray Vicente cuando se apartó la última vez de su prelado, el padre fray Francisco, y fue a la isla de Firoxima, donde, cuando el siervo de Dios huyó a los montes, ellos en 20 de noviembre de 1629 fueron presos de aquella multitud de japoneses que iban en busca de Vicente. Y allí los atormentaron con increíble rigor a todos seis, porque descubriesen dónde estaba el padre, y principalmente retrocediesen apostatando de nuestra fe.

Pero los valerosos soldados de Cristo sufrieron los tormentos con valor y fortaleza singular y con paciencia increíble. Con que aquellos ministros del demonio, cansados y vencidos, los aprisionaron y llevaron a Nagasaki a la presencia del tirano, el cual, desesperando de conseguir su intento por el valor que mostraron en responderle a sus preguntas y amonestaciones, los mandó poner cargados de prisiones en la estrecha, rigurosa e inmundada cárcel de aquella ciudad llamada Cruzmaqui. En ella estuvieron más de once meses en compañía de otros tres hermanos profesos nuestros de la Observancia, que

fueron doxucos y coadjutores del santo fray Bartolomé Gutiérrez y él les había dado el hábito y profesión.

Fueron estos siervos de Dios muy humildes y obedientes, y tan celosos de la conversión de las almas que desde la prisión la procuraron con todas veras predicando y advirtiendo de su error a los gentiles. Trabajo del que cogieron abundante fruto, pues muchos se convirtieron y bautizaron, y muchos flacos que habían retrocedido, cobraron fuerzas y se reconciliaron con la Iglesia. Eran tan dados al ejercicio de las divinas alabanzas que no cesaban de ellas de día y de noche, avivando más las voces cuando los ministros, que los guardaban, los reprendían y maltrataban por ello. Eran tan penitentes que en sus rostros pálidos y consumidos se conocía su abstinencia, y en las llagas que tenían en su cuerpo, las cuales se vieron después de muertos, se ostentaban sus rigurosos cilicios y disciplinas. Eran tan ejercitados en oración que gastaban en ella gran parte del tiempo. Y así sucedió que, cuando les dieron la alegre nueva de que el tirano había dado sentencia contra ellos condenándolos a que fuesen degollados, estaban en contemplación... Recibieron los parabienes que les daban los portugueses y los japoneses cristianos de su suerte dichosa, pidiendo con humildad a todos los encomendasen a Dios nuestro Señor para que se sirviese de perfeccionar en ellos lo que su gracia había comenzado. Y esto mismo hacían después cuando los llevaban al lugar del martirio, porque el tirano, indignado de que iban predicando y cantando alabanzas a Dios, les mandó poner unas mordazas gruesas de esparto, al modo de freno, para que no pudiesen hablar. Pero, por lo menos, pronunciaban algunas palabras, y en particular, para que supiesen todos de qué Orden eran, repetían muchas veces: agustino, agustino.

El 28 de octubre del año 1630 fueron sacados de la cárcel con sus rótulos en las espaldas que decían iban a morir por ser cristianos y no querer dejar esa ley. En compañía de los otros tres hermanos de la Observancia, llegados que fueron al lugar señalado, se hincaron de rodillas y, levantando los ojos y manos al cielo, aguardaron con su humildad, paciencia y fortaleza, el golpe del cuchillo con que entregaron sus dichosas almas en manos de su Creador.

Al hermano fray Lorenzo de San Nicolás le llevaron la cabeza y un brazo de un golpe de catana. Y después de cortadas las cabezas, uno de ellos pronunció claramente los nombres de Jesús y María, de suerte que muchos de los presentes lo oyeron. Después de degollados estos siervos de Dios, fueron desnudos totalmente, pues los verdugos fieros, para probar en sus cuerpos muchas catanas, como lo hicieron, fueron desmembrándolos y haciéndolos pedazos. Y en esta ocasión se vieron las señales de sus rigurosas penitencias, con no pequeña admiración de los cristianos y gentiles que se hallaron presentes. Después de esta crueldad, quemaron los verdugos los cuerpos de estos

santos mártires, y las cenizas las echaron al mar, para que no llegasen a poder de los cristianos y de ellos fueran veneradas.

El padre Francisco de Jesús escribió los nombres de muchos de los terciarios martirizados por su fe cristiana. Están registrados en la *Historia de los agustinos descalzos, escrita por el padre fray Luis de Jesús*, tomo II, publicada en 1681. En el capítulo octavo da los nombres de más de ochenta de estos terciarios agustinos recoletos. Entre ellos nombra a Pedro de cinco años; Paulo de catorce; Miguel de once y Miguel de siete.

Según una carta escrita por el padre fray Felipe de la Madre de Dios del 15 de septiembre de 1633: *Todos murieron con gran valor y alegría; particularmente los tres legos y tres terceros de Nagasaki que a las voces que daban cantando al Señor se movían muchos a hacer lo mismo. Y lo dicen diez testigos portugueses, que se hallaron presentes al martirio, en la información que ha venido... Y (a pesar de) andar todos los cristianos en hábito (vestimenta) del Japón, y los mismos religiosos, éstos, desde que recibieron el de nuestra Orden, nunca lo dejaron, y con él públicamente predicaban y enseñaban la fe de Cristo, ni fue posible quitárselo hasta que los degollaron: y así deponen, que los vieron ir con nuestro hábito al martirio y ser degollados con él*⁵⁹.

En total fueron unos 300 terciarios los que murieron por la fe. Así lo escribió el padre Francisco de Jesús en una carta del 26 de octubre de 1630 desde la cárcel de Bomura: *Después que los descalzos (recoletos) vinimos a esta tierra son más de 300 mártires los que ha habido en todos estos reinos, cofrades de la Cinta (terciarios) fuera de otros muchos que los padres observantes (agustinos ermitaños) tendrán*⁶⁰.

14. RELACIÓN DE LOS AUTORES DOMINICOS

Después de la muerte de los dos últimos padres agustinos recoletos del Japón, fray Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás, Magdalena quedó sin guías espirituales y encontró entre los pocos sacerdotes que quedaban al padre Domingo de Erquicia, dominico, que también murió mártir el 14 de agosto de 1633, en el tormento de las cuevas o de la fosa. Pero, sobre todo, se dirigió con el padre dominico italiano Jordán de San Esteban, cuyo nombre de origen es Anselone Jacinto, que llegó al Japón a fines de julio o principios de agosto de 1632. Pudo ejercer el apostolado durante dos años hasta su muerte el 17 de

⁵⁹ Bullarium OAR II, N° 102.

⁶⁰ Bullarium OAR II, N° 462.

noviembre de 1634, en el tormento de las cuevas. Un mes antes había muerto ya en el mismo tormento Magdalena.

El padre Jordán conoció a nuestra santa y la dirigió en alguna oportunidad, pues dice que la confesó unas tres veces. Estando ya en prisión escribió una carta, cuyo original se ha perdido. El Padre Francisco de Paula en su *Breve Relación* de 1636 hace referencia a ella; y copiando de la carta del padre Jordán, escribe: *Magdalena es hija legítima de dos ilustres mártires, pues su padre y su madre padecieron gloriosamente en la persecución del Japón y es hija de confesión y de hábito del santo mártir fray Jordán de San Esteban, como él escribe en su carta, sin decir el nombre del padre ni de la madre ni el sobrenombre de Magdalena. Añade que, habiendo quedado huérfana de padre y madre, y de veintidós años, para hacerse digna de que Dios nuestro Señor la recibiese por hija y esposa, hizo voto delante de una imagen del Rosario de guardar virginidad toda su vida.*

En menos de dos años la confesó tres veces y es mucho por estar tan apretadas las cosas de Japón con la gran persecución que sobrevino a Nagasaki los últimos años. Era natural Magdalena de un pueblecito cerca de esta ciudad (Nagasaki), la cual se salió del poblado y anduvo retirada por los montes con sus libritos de devoción, que sabía leer y escribir los caracteres latinos.

Como vio que nos prendieron y no quedaba ninguno de la Orden (y él la había admitido a ella con la esperanza de darle la profesión) se fue derecha a la cárcel diciendo que era cristiana y religiosa, discípula del santo fray Jordán, y que pues a él le habían preso, era razón que la prendiesen a ella para que muriese con su padre y prelado.

Echáronla los guardias, diciendo que era mujer moza y flaca, y no podía sufrir tan terribles tormentos como se habían de dar a los religiosos; y aunque ella replicó que quisiera ser presa, no la oyeron ni quisieron prender. Y como no la admitieron, se fue a la Audiencia y propuso su causa ante los jueces, alegando el derecho que tenía a morir con quien le había admitido a su Orden; y con esto, a la mañana, la echaron en la cárcel.

Hasta aquí la referencia al padre Jordán de San Esteban. El padre Francisco de Paula refiere en su *Relación*, conforme a sus informaciones recibidas, que escribe en 1636 y están publicadas en el tomo I de la *Historia de la provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China de la Orden de predicadores*, recogidas por el obispo Diego Aduarte: *Siendo de 22 años fueron martirizados sus padres y ella quedó huérfana y trató con muy mayores veras de agradar a Dios, a quien desde entonces con mayor particularidad reconoció por*

Padre. Y deseando tenerle también por dulce esposo, se arrodilló delante de una imagen de Nuestra Señora del Rosario y en su presencia hizo voto al Señor de guardar toda su vida virginidad perpetua y, para mejor guardar su voto y huir de la gran persecución que en la ciudad y su contorno había, se salió al destierro y anduvo retirada por los montes, ocupada en cosas de devoción con sus libritos que para este propósito tenía; y sabía leer y escribir nuestras letras.

Tenía el padre fray Jordán muy particular cuidado de ella como de hija espiritual muy regalada, a cuya enseñanza acudía lo más que le era posible, aunque podía tan pocas veces verla, por la mucha persecución que había, que tuvo a mucho el poderla haber confesado en menos de dos años tres veces... Esta santa doncella, aunque tan pocas veces podía ver al padre fray Jordán su confesor y maestro, siempre andaba muy alentada en su espíritu y muy devota, oyendo lo que el Señor hablaba en ella y procurando ponerlo en ejecución. De donde nació el pedir al padre fray Jordán el hábito de religiosa y él se lo dio, más para el alma que para el cuerpo, pues aun los religiosos no pueden por ahora traer hábito propio en aquel reino... Aún no había esta santa profesado cuando prendieron a los santos fray Jordán y su compañero. Y en sabiéndolo ella se fue derecha a la cárcel donde su padre y prelado estaban, diciendo que era cristiana, religiosa y discípula del santo fray Jordán y que pues a él le habían (tomado) preso, era razón que la prendiesen a ella para que muriese con su padre y prelado; y por la misma causa echáronla los guardas, diciendo que era mujer moza y flaca y no podía sufrir tan terribles tormentos como se habían de dar a los religiosos. Y, aunque ella replicó, no la oyeron ni la quisieron prender... Ella se fue a los mismos jueces y en Audiencia pública les propuso su causa alegando el derecho que tenía a morir por Cristo en compañía del padre fray Jordán, que había sido su maestro en esta ley y le había admitido a su religión; y con esto la mandaron llevar luego aquella mañana a la cárcel con que ella quedó tan consolada...

No querían acabarla, sino atemorizarla; y así la mandaron colgar de los brazos levantados del suelo, pendiente en el aire... y en esta forma la tuvieron mucho tiempo sin dar ella muestras de sentimiento hasta que, yéndose desatando con el cuerpo, avisó a los ministros que la atasen bien, que se caía, y ellos la dejaron caer... Los tiranos jueces indignáronse tanto contra la animosa doncella que la mandaron meter cañas tostadas entre las uñas y la carne de los dedos de las manos... Mandaron que con los dedos así clavados y acañaverados, arase o arañase la tierra, pero no fue bastante a atemorizar a la que tenía en su ayuda al omnipotente... El juez no perdió las esperanzas de rendirla y mandó que la hiciesen beber mucha agua hasta que quedó como una pipa llena y, echada luego en el suelo, ponían sobre ella unas pesadas piedras, con que se la hacían echar violentamente por boca, oídos, ojos y narices. Y este tormento repitieron

muchas veces hasta que, viéndola siempre perseverar en su constante respuesta, el tirano se cansó... Volviéronla a la cárcel en la cual estuvo desde los primeros días de septiembre hasta los primeros días de octubre, que la sacaron a padecer por Cristo, acompañada de otros cristianos japoneses que habían de ser martirizados por la misma causa.

Lleváronla a caballo por todas las calles de Nagasaki con soga a la garganta y atadas atrás las manos. Iba con tanto valor, con tal ánimo y superior semblante que, aunque había mucho que ver y que admirar en todos aquellos soldados de Cristo... Magdalena era la que se llevaba los ojos y las alabanzas de todos y a ella era a quien mucho más atendían por la voz que había corrido de su extraordinario valor y admirable sufrimiento y constancia...

*Llegaron al lugar del martirio, donde para nuestra santa estaba prevenida la horca y cueva... Estuvo padeciendo valerosamente trece días y medio sin comer ni beber ni quejarse, antes **cantando alegremente dulces canciones a su amado esposo**; que, aunque no tuviera otro tormento, sólo el no comer ni beber en tanto tiempo era milagro manifiesto. No lo querían creer los jueces, atribuyéndolo a haberse dejado cohechar (sobornar) de los cristianos los guardas. Y después de haberles puesto pena de muerte, si dejaban que se le diese algún alivio o sustento, la vinieron a ver ellos mismos. Creyendo que estaría ya muerta, hallaron estar viva, **contenta, alegre y cantando**. Preguntáronle cómo vivía tanto tiempo sin comer y en tal tormento. Respondió: “No os canséis que no he de morir de este tormento, porque el Señor, a quien adoro, me sustenta y siento una mano suave que arrimada al rostro me está aliviando el cuerpo”. Entonces de rabia, y porque no se entendiese que por descuido de los jueces la sustentaban los cristianos, y les viniese mal por ello, la hicieron caer de golpe, como estaba boca abajo en el hoyo, dándole un gran golpe en la cabeza, y allí la dejaron medio muerta. Y habiendo llovido aquella noche, se llenó el hoyo de agua y al amanecer la hallaron ahogada⁶¹.*

La Orden de Santo Domingo la consideró terciaria dominica y la incluyeron en un grupo de dominicos que fueron beatificados en conjunto, pero la Orden de Agustinos Recoletos reclamó que era terciaria agustina recoleta profesa. La Sagrada Congregación para las Causas de los santos intervino y declaró: *Magdalena de Nagasaki, virgo... primum regulam tertii Ordinis Recollectorum S. Augustini fuit professa; ultimo vitae biennio, cum amplius ipsi non esset ex eodem Ordine spiritus moderator, ad P. Jordanum de S. Stephano o.p., accessit, a quo habitum novitiae tertii Ordinis praedicatorum recepit cum voluntate profitendi* (Magdalena de Nagasaki, virgen... fue profesa de la Orden de los Recoletos de San Agustín; en los dos últimos años de su vida, al no tener

⁶¹ *Historia de la provincia del Santo Rosario*, tomo I, edición de 1693, pp. 700-703.

director espiritual de su Orden, se acercó al padre Jordán de San Esteban, dominico, del cual recibió el hábito de novicia de la tercera Orden de predicadores con voluntad de profesar) ⁶².

Parece claro que no profesó como dominica por falta de tiempo, ya que se presentó a los jueces y fue martirizada. Sólo recibió el hábito de novicia.

15. RELACIÓN DE LOS AUTORES AGUSTINOS RECOLETOS

El padre Andrés del Espíritu Santo escribió en 1640 la *Relación simple* de nuestros venerables mártires del Japón. En ella habla, no sólo de los cuatro religiosos mártires, fray Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás, sino también de muchos de nuestros donados y terciarios mártires; y de modo extenso y especial de Magdalena de Nagasaki. El padre Andrés del Espíritu Santo era provincial de los agustinos descalzos (recoletos) de Filipinas. Él fue quien preparó la primera misión al Japón en 1623 de los padres Francisco y Vicente y también la segunda misión de los padres Melchor y Martín. Él mismo fue quien promovió los procesos de Manila en 1633 sobre el martirio de los cuatro religiosos mártires y en 1638 el proceso de Macao sobre el martirio de Magdalena de Nagasaki.

En su Relación tuvo en cuenta las declaraciones de los testigos del Proceso de Macao sobre Magdalena de Nagasaki, ya que este Proceso fue promovido por él y con toda seguridad tuvo conocimiento de sus detalles por el padre fray Agustín de Jesús María, procurador de la causa de los mártires agustinos recoletos del Japón. En el Proceso actuó como juez el padre Bras Pinto, escribano y notario para este juicio eclesiástico y como juez del proceso el padre fray Pedro de San Juan, dominico, gobernador del obispado de la ciudad *Nombre de Dios* (Macao) en China. Proceso realizado en 1638, en el que se presentaron y dieron testimonio 41 testigos.

Veamos el relato completo del padre Andrés del Espíritu Santo sobre Magdalena de Nagasaki: *Hubo en la ciudad de Nagasaki una doncella hermosísima llamada Magdalena, hija de padres nobles, cristianos y virtuosos, que, como tales, a ella y a otros hijos que tuvieron los criaron en el temor de Dios, inclinándolos a todo lo bueno y virtuoso y enseñándoles a huir de todo lo malo. Señalóse entre todos Magdalena en caminar por el camino de la perfección. Esmerábase no solamente en ejecutar los saludables consejos de sus devotos padres, sino en procurar con veras imitar cualquier virtud que veía en otros. También estaba muy fundada en la fe y en los misterios de ella, por la*

⁶² AAS LXXII (1980), 1274.

continua lección de libros devotos y santos. Gastaba muchas horas, día y noche, no solamente en devociones y penitencias, sino también en alta contemplación de la Pasión de Cristo, Redentor nuestro, y de la gloria de los bienaventurados, sacando de ambas cosas tales afectos que sus ojos eran fuentes de lágrimas; compadeciéndose de que los gentiles y demás naciones que no profesan nuestra fe perdiesen el fruto de redención tan copiosa y se privasen de la alegría y descanso eterno; deseando ella ser instrumento y medio para que todos los hombres generalmente conociesen a Dios y le gozasen. Lo cual pedía a la Majestad divina con singular afecto, principalmente viendo que la continua persecución contra los fieles en aquel imperio era causa de que muchos dejasen nuestra fe. Esto afligía extrañamente el alma de Magdalena, quien, conociendo cuán acepta es al celestial esposo la virginal pureza, se la consagró desde su niñez, votando guardarla perpetuamente.

Faltáronle sus padres, que así ellos como los hermanos de esta doncella santa acabaron gloriosamente siendo mártires de Cristo; y como Magdalena se vio libre y desocupada de cuidados, determinó entregarse totalmente a Dios, para lo cual, con humildad y lágrimas, pidió al santo fray Francisco de Jesús, vicario provincial de nuestra Descalcez en aquel imperio, le diese el hábito de religiosa. Y como el siervo de Dios tenía larga noticia de su rara virtud, derramando lágrimas dio infinitas gracias a nuestro Señor por los extraordinarios favores que hacía a Magdalena, y a ella le concedió su petición, dándole el hábito de nuestra tercera Orden con excesivo gusto, el cual fue colmado cuando después del año de probación hizo esta sierva de Dios profesión en manos del mismo padre vicario provincial, pues juzgó tendría en ella una singular coadjutora.

Y así desde luego la señaló por uno de sus doxucos y compañeros en la conversión de las almas y en la administración del santo sacramento del bautismo, cuando la necesidad lo pidiera. Tanta era la satisfacción que tenía de su virtud y del conocimiento y luz que tenía de los misterios de nuestra santa fe.

Comenzó Magdalena a ejercitar su ministerio con tal afecto, caridad y espíritu que fueron innumerables los infieles que convirtió, los que bautizó en ausencia y falta de nuestros padres y los que inclinó y redujo a que se reconciasen con la Iglesia. Consolaba a los afligidos, animaba a los flacos, fortalecía a los menos animosos y confirmaba a los valientes y esforzados, que todos acudían a su casa, donde, como en una botica bien provista, hallaba cada cual lo que había menester, oyendo sus pláticas llenas de espíritu del cielo, después de las cuales hacía lección espiritual, contemplación y rigurosas disciplinas.

Creció la persecución del tirano Unemedono y fuéle forzoso a Magdalena ausentarse de la ciudad y huir a los montes en compañía de muchos cristianos virtuosos, hombres y mujeres, con los cuales vivía en las cuevas y aberturas de las piedras, comiendo yerbas silvestres, haciendo juntamente rigurosas penitencias, implorando la divina misericordia. Era nuestra santa generalmente amada y querida de todos, y todos en general libraban, después de Dios, en ella su consuelo teniéndola por santa virgen y reverenciándola como a tal, no solamente los fieles, sino también los gentiles, que de todos era llamada “la santa”.

Pasaba Magdalena la vida, aunque llena de trabajos, con singular alegría en aquellos montes, en compañía de tantos siervos de Dios y de nuestros santos religiosos fray Francisco y fray Vicente, que algunas veces se veían, para consuelo de todos; pero pasado algún tiempo, como supo la prisión de su prelado y de su compañero y lo mucho que habían padecido por nuestra santa fe y su glorioso fin en el martirio, fue tan grande el fervor de su espíritu y tan singular el celo de la honra de Dios que se apoderó de su alma, que luego al punto fuera a manifestarse a Nagasaki si su esposo celestial con particular impulso no la detuviera para que, trabajando más tiempo en su viña, fuese más aventajado su premio.

Cerca de dos años, después de la muerte de nuestros religiosos, estuvo Magdalena en los montes ejercitándose en predicar, bautizar, aconsejar, consolar y fortalecer a los que la acompañaban y buscaban para su consuelo espiritual, que eran innumerables. Hasta que, viendo el cruel estrago que el demonio hacía en el rebaño de Cristo por medio del tirano Unemedono, que, inventando el tormento del infierno de Unzen, fue causa de que, atemorizados con él, renegasen innumerables cristianos, abrasando a Magdalena un ardiente deseo de volver por la honra de Dios, se fue a Nagasaki y se presentó al tirano, al cual reprendió sus crueldades y tiranías con tanta gravedad y modestia, con tal espíritu y valor, con palabras y sentencias tan eficaces y vivas que lo dejó absorto y confuso. Y como no tuviese qué responder a sus razones y propuestas, por no confesarse vencido la aconsejó dejase nuestra santa fe, diciéndole tuviese compasión de sus tiernos años (que no eran más que 18) y de su singular y rara hermosura, por la cual, cuando no lo mereciera por su alto nacimiento, era digna de ser esposa del ser más poderoso de la tierra y que él haría con el emperador le diese alto casamiento, riquezas y grande estado. Respondió Magdalena que no hiciese caso de su hermosura, que ésa hoy es y mañana desaparece; ni de su nobleza, que la mayor que tenía era ser cristiana; ni le procurase esposo, que ya lo tenía tal que no solamente era el mayor príncipe del mundo, sino el mayor del cielo y de la tierra, el cual era Cristo, Redentor de las almas, quien, como por las demás, había derramado su preciosa sangre por la

suya; aunque él maliciosamente no quería conocerlo, y por eso y su obstinación en los vicios y mal obrar estaba, según la presente justicia, condenado a fuego eterno. Y que así, no se cansase en persuadirla, que sería gastar tiempo sin provecho, pues mil vidas que tuviese, todas las perdería en defensa de la fe que profesaba y por amor del esposo que tenía.

*Viendo esto el tirano, la mandó poner en la cárcel donde sus amados padres espirituales habían estado, y en ella Magdalena, con notable alegría, derramando muchas lágrimas de inefable consuelo, **cantaba salmos, himnos y alabanzas a Dios con tal suavidad y melodía que suspendía a los oyentes y con tal espíritu que se quedaba muchas veces arrobada con notable admiración de los que la veían.***

Requiriéndola en la cárcel el tirano, no una, sino muchas veces, que retrocediese y dejase nuestra Ley, haciéndole siempre las promesas que antes. Pero la esposa de Cristo le respondía con la constancia que la primera vez y le advertía lo que le importaba para su salvación, por lo que determinó el tirano proceder con rigor, dando a Magdalena tormentos exquisitos.

Mandóla echar muchos vasos de agua por la boca y, después, que la colgasen los pies arriba y la cabeza abajo para que volviese a lanzar el agua que había bebido. Y en pareciéndole que ya la había vuelto toda, mandaba muchas veces repetir el tormento, sin darle lugar de descanso. Y como nuestra santa sufría con singular alegría, glorificando al Señor, que la alentaba, consolaba y daba fuerzas, mandó que, con agujas hechas de cañas cortadas, le traspasasen los dedos entre uña y carne. Pusiéronlo por obra los verdugos, y viendo Magdalena la sangre que corría de sus manos, hablando con Cristo decía: “¡Oh, qué jacintos tan hermosos, esposo celestial, son estos con los que por vuestro amor me veo adornada! Nunca creí, Señor, que mis deméritos dieran lugar a vuestra magnificencia para enriquecerme con tales joyas. Pero ya, Bien mío, que por sola vuestra clemencia me favorecéis con tanta liberalidad, con la misma os los ofrezco como cosa vuestra. Admitidlos, mi Dios, y dadme auxilio para que hasta el fin persevere”. Y volviéndose al tirano y a los verdugos, les predicaba y amonestaba lo que les convenía para la salud de sus almas, a que ellos se mostraban más endurecidos y obstinados cuando más enternecidos estaban los que veían atormentar a Magdalena, oyendo sus amorosos requiebros y sus palabras de vida.

Certificado Unemedono, por lo que había visto, que los tormentos que diese a Magdalena le serían manjar dulce y sabroso, para acabar con ella y con otros, y para atemorizar a los demás cristianos, inventó un tormento atrocísimo. Mandó hacer una horca y, debajo de ella, una cueva o sepultura para que,

colgado de la horca el cuerpo por los pies, la mitad de él, hasta la cintura, estuviere metido en la cueva, y que luego se cerrara todo lo que no ocupaba el cuerpo con tablas muy ajustadas a él para que, faltándole la respiración y corriendo la sangre a la cabeza, muriesen ahogados con increíble pena.

A este tormento sentenció el tirano a esta santa virgen, en compañía de otros diez cristianos que por la confesión de la fe estaban presos en la misma cárcel. Oyó la sentencia Magdalena con sumo regocijo y lo mostró mucho mayor cuando la sacaron de la cárcel para ejecutarla. Pusiéronla por capitana de aquellos diez soldados, con la sentencia a las espaldas, que decía: Iba condenada a muerte por haber recibido la Ley de los cristianos y no haberla querido dejar. Lo mismo llevaban los demás.

*Iba por el camino **con semblante tan alegre** que causaba admiración a quien la miraba: animaba a sus compañeros; predicaba a los gentiles, y advertía a los cristianos perseverasen en la fe que profesaban, porque en sola la Ley de Cristo se pueden los hombres salvar y conseguir el fin para que fueron criados.*

Llegada que fue al lugar del martirio, puesta ya junto a su cueva, la amonestó el tirano renegase y que le daba palabra la casaría con el mayor del Japón, con otras muchas promesas que le hizo. Pero como la sierva de Dios respondiese con la constancia de siempre, fue puesta en el tormento de la suerte dicha; pero tan metido el cuerpo, para mayor pena, en la cueva que no quedaban fuera de ella más que las piernas, cubiertas por la honestidad.

*En este tormento estuvo esta santa virgen por espacio de catorce días sin comer ni beber cosa alguna, y lo que más es que **siempre estaba cantando alabanzas a Dios**, con tanta suavidad que suspendía a los que iban a verla, todos los cuales volvían admirados de ver un tan singular prodigio. Estando en su martirio rodeada de ministros que de día y de noche la guardaban, no dejando llegar junto a la cueva a persona alguna, la hallaron algunas veces sueltas las manos, y por tres veces suelta totalmente encima de la cueva, rezando en un rosario de papel de Japón, que es al modo de tafetán muy delgado, lo cual tuvieron todos por cosa milagrosa. Preguntáronle una vez entre otras, si quería tornar atrás y respondió que no, que antes tenía sed; y preguntada si quería agua, dijo que no, que su sed no se apagaba con aquella agua, que su esposo, Jesús, le daría presto el agua que ella deseaba, y apagaría su sed. Y con esto invocaba a Cristo y a su santísima Madre.*

Pidió una vez a los ministros la sacasen de la cueva, y, estando fuera, desató un nudo del hábito que tenía puesto y sacó tres masas de plata (que son 3

reales) y, dándoselos, les dijo que los gastasen en vino, que estarían cansados, que no quería llevar consigo aquella plata, y luego pidió la volviesen a su cueva.

Otra vez les dijo si querían oír una canción, y respondiendo que sí, **comenzó a cantar, metida en su cueva, algunos cantares en lengua japonesa en alabanza de su esposo con singular melodía y dulzura** tanto que las guardas decían no podía ser voz humana aquélla. Finalmente, cumplidos los catorce días, hubo una muy grande lluvia, con que, llenándose de agua la cueva de Magdalena, se ahogó y acabó esta temporal para pasar a mejor vida, pues la gozará por eternos siglos en compañía de su esposo. Después de muerta, quemaron su cuerpo, y sus cenizas las esparcieron en el mar porque no llegasen sus reliquias a poder de los fieles y las venerasen. Fue este martirio por el mes de octubre del año de 1634.

El padre Luis de Jesús en la *Historia de los Agustinos Descalzos* (1621-1650), tomo II, publicado en Madrid en 1681, expone la vida de Magdalena, basándose en la Relación del padre Andrés del Espíritu Santo y en otros autores que pudo conocer. Leamos un extracto: *Fue Magdalena, hija de padres nobles, cristianos y muy virtuosos, naturales de la ciudad de Nagasaki, en los reinos del Japón. Criáronla en santas costumbres a ella y otros hijos que tuvieron y luciósse en todos la buena educación, pues todos dieron sus vidas por la fe católica.*

Esmeróse Magdalena en los ejercicios de virtud y ayudábase con la lectura de libros devotos y espirituales con que salió muy bien enseñada en los misterios de la religión cristiana, y con no pequeña inteligencia de las Sagradas Escrituras. Servíale la lectura de los libros para entregarse a la oración en que gastaba muchas horas del día y de la noche. Hacía grandes penitencias y no se deslizaba en culpas, porque vivía con sumo recato... Buscando medios para agradar al Señor, halló que le era de mucho gusto la pureza y consagróle su virginidad con voto expreso que hizo. Y faltándole sus padres, determinó tomar nuestro hábito de tercera o mantelata (terciaria). Pidióselo al venerable padre fray Francisco de Jesús, vicario provincial en aquel reino. Y como el siervo de Dios conocía muy bien las virtudes de María Magdalena, se lo dio con mucho consuelo suyo, por entender que en ella tendría una ferviente coadjutora para la publicación de la fe de Dios, como en efecto sucedió.

Profesó al año, como lo acostumbran las beatas o mantelatas de nuestra religión (Orden) en manos del dicho padre vicario provincial; y luego mandó que fuese su doxuco (catequista) o compañera en la conversión y administración del sacramento del bautismo a los que se convertían. ¡Tanta era la satisfacción que de la virtud y talento de Magdalena tenía!

Comenzó a ejercitar su ministerio con todo fervor de caridad, y fueron innumerables las almas que trajo a la fe y bautizó. Incluyó a muchos, que habían flaqueado por el temor de la persecución, a que se reconciliaran con la Iglesia, infundiéndoles aliento para dar la vida por el Señor. Consolaba a los afligidos, animaba a los flacos y a los animosos confortaba.

Parecióle a la venerable Magdalena retirarse a los montes con otros cristianos, así hombres como mujeres. Vivían en las cuevas y grutas de los peñascos, comían hierbas silvestres y hacían rigurosos ejercicios, implorando la divina misericordia. Era querida y venerada de todos y en ella libraban su consuelo, conociendo su virtud; y aun los mismos infieles le llamaban “la santa”.

Visitaban los venerables padres fray Francisco de Jesús y fray Vicente de San Antonio a estos cristianos retirados, administrándoles los sacramentos de la Iglesia, diciéndoles misa, animándolos en sus trabajos... Mas como los cristianos, especialmente los ministros evangélicos, fuesen buscados con raras diligencias, fue preso el venerable padre fray Francisco y padeció con su compañero el martirio.

Habiéndolo sabido Magdalena, encendióse en celo de la honra de Dios, de manera que se fue a Nagasaki a presentarse ante el tirano, pero viendo lo mucho que importaba su presencia para bautizar, convertir y animar a los que vivían en los montes, se guardó para otra ocasión, considerando que habían quedado pocos ministros del Evangelio. Cerca de dos años estuvo después de la muerte de los benditos padres en estos empleos, viendo el cruel estrago que el demonio hacía por medio de sus ministros en los católicos con el tormento de las aguas del infierno, y el de las cuevas que inventaron; por las cuales se atemorizaron (muchos) de manera que renegaron los más.

Le pareció a Magdalena que debía salir en público para volver por la honra de Dios. Fue a Nagasaki, presentóse al tirano y reprendióle sus crueldades y tiranías con tanta gravedad y modestia, con razones tan vivas y eficaces, que le dejó absorto sin hallar qué responder. Y no queriendo mostrarse convencido, persuadió (aconsejó) a la valerosa doncella que dejase la fe que profesaba y gozase de las comodidades que el mundo, sus pocos años (que eran 18) y su hermosura le ofrecían. Además que su alto nacimiento la hacía digna de un gran señor por esposo y él (añadió el tirano) haría con el emperador que le diese gran casamiento con muchas riquezas...

Viendo el tirano la constancia de la venerable hermana Magdalena, le mandó poner en la cárcel, en que habían estado sus padres espirituales. Entró

con gran alegría derramando muchas lágrimas de gozo. Cantaba himnos y salmos en alabanza de su esposo Cristo, con tanta suavidad, que suspendía a los oyentes. Y a la letra que con los labios decía, acompañaba su espíritu, de manera que quedaba arrobada con admiración de los que la veían.

Requirióla en la cárcel el tirano muchas veces para que dejase la fe, prometiéndole grandes riquezas, gustos y comodidades. A todo respondió Magdalena con la misma constancia que antes. Mudó el tirano de medios para vencer a la fuerte doncella y determinó darle los mayores tormentos que pudo inventar su malicia. Mandó a sus ministros que la hiciesen beber por fuerza muchos vasos de agua hasta llenarla como una pipa; y después colgarle los pies arriba y la cabeza abajo para que echase toda aquella agua. Este tormento lo repitió muchas veces sin dejarla descansar. Estaba alegre la doncella en esta congoja, alabando a Dios por quien todo se le hacía fácil.

Llevaba impacientemente Unemedono la alegría de Magdalena y ordenó que los verdugos tostasen unas cañas muy delgadas y agudas y se las entrasen por entre las uñas y carne de los dedos. Era el dolor veheméntísimo y sólo el verlo quebraba los corazones de los presentes...

*Unemedono, persuadido que los tormentos le eran dulces a Magdalena, quiso ponerla espanto y en ella a los demás cristianos, mandando que le diesen el tormento de las cuevas... Admirábanse los que la veían ir **tan alegre y contenta**, animando a los otros a la fortaleza, exhortando a los cristianos ocultos a la perseverancia y a los gentiles a convertirse a la fe católica, porque solamente en ella está la salvación de las almas... Pusiéronla en el tormento tan metido el cuerpo en la cueva que sólo quedaban fuera las piernas, cubiertas con los vestidos y hábito por la honestidad.*

*Catorce días estuvo en este martirio sin comer ni beber. Cosa rara y lo que más admiró es que, estando en él, **cantaba alabanzas a Dios con tanta dulzura y suavidad que suspendía a los que la oían**, espantándose de aquel prodigio. Fue Magdalena la que más duró, guardándole los ministros de día y de noche, sin permitir que alguna persona llegase a la cueva. Y con todo este cuidado, la hallaron algunas veces sueltas las manos. Y tres veces la vieron desatada y sentada encima de la dicha cueva, rezando el rosario que tenía, hecho de papel de Japón, que es a modo de tafetán.*

Cosas son éstas que no parece ser sino por milagro... Preguntáronla una vez los ministros si quería retroceder en la fe y excusaría tantos tormentos. Y respondió que antes tenía sed. Y ofreciéndole un poco de agua, dijo que no era su sed de esta agua material sino de aquella agua viva de la vida eterna, la cual

presto le daría su esposo Jesús. Y con esto los verdugos la volvieron a poner en el tormento...

Vióse la asistencia del Señor en otra ocasión, que, llamando a los guardas, dijo, si querían oír una canción. Y habiendo respondido que sí, comenzó a cantar en lengua japonesa algunos cantares en loor de su esposo con tanta armonía y suavidad que, admirados, decían que aquella voz y música no era humana. Tenían mucha razón, pues estando en aquel tormento tan penoso, que ni la voz destemplada y ronca podía salir del cuerpo, cargando toda la sangre al pecho y rostro, saliendo arroyos por boca, ojos, narices y orejas, no parece naturalmente posible poder cantar con tan extraordinaria dulzura. Prodigios son de la mano poderosa de Dios para enseñarnos que el padecer por su amor, tiene áspera la corteza y es la médula apacible y dulce. Sola la determinación a las penas es desabrida, que en los tormentos, Dios suspende el dolor. Al considerarlos se estremece la frágil naturaleza, pero en la ejecución se empeña el Señor en suavizarlos como experimentaba nuestra bendita virgen Magdalena. Así pasó catorce días sin mostrar flaqueza un cuerpo tierno, virginal y atenuado de penitencias, atormentado cruelmente sin haber tomado alimento alguno, conservándole a lo que entendemos, (un) celestial sustento, hasta que ya le pareció a su esposo Jesucristo recibir a Magdalena en el descanso eterno. Llovió mucho, corrieron las aguas, de manera que llenándose la cueva en que estaba la santa doncella, la ahogó.

16. ALGUNAS DIFERENCIAS

Entre los autores dominicos y agustinos recoletos hay algunas diferencias. Los autores dominicos refieren que Magdalena de Nagasaki nació en un pueblecito cerca de Nagasaki, que quedó huérfana a los 22 años al morir mártires sus padres; que a esa edad hizo voto de virginidad delante de una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que al sobrevenir la persecución huyó a los montes con sus libros de devoción, pues sabía leer los caracteres latinos; que el padre Jordán de San Esteban le había dado el hábito dominico, pero que no pudo profesar por haberse presentado a los jueces y ser martirizada; que murió en el tormento de las cuevas, pero que antes de morir le dieron un fuerte golpe en la cabeza, dejándola medio muerta; y que pasó en el tormento trece días y medio, muriendo ahogada,

Por su parte, los autores agustinos recoletos hablan que nació en Nagasaki; que tenía dieciocho años, que hizo el voto de virginidad en la niñez; que huyó a los montes cuando todavía estaban vivos sus padres espirituales Francisco y Vicente; que sabía leer los caracteres latinos, pues según el testigo de Macao,

Antonio Neretti, le encontraron un libro del padre fray Luis de Granada y un calendario; que recibió el hábito y la profesión como terciaria, después de un año de probación, del padre Francisco de Jesús, vicario provincial; que murió en el tormento de las cuevas ahogada después de catorce días de sufrimiento.

Son detalles que no afectan a la esencia del relato ni a la grandeza de su santidad. Parece cierto que el padre Jordán no le dio la profesión de terciaria dominica. Que fue terciaria agustina recoleta profesa lo manifestaron repetidamente los testigos del Proceso de Macao. De todos modos ningún santo es exclusivo de nadie y nadie tiene el monopolio exclusivo. Todos los santos son de Dios y para todos. Nos gozamos de que sea de nuestra familia religiosa y, si es considerada a la vez de la familia recoleta y dominica, bendita sea Magdalena que tiene dos familias.

17. PROCESO DE MACAO

Se realizó en la ciudad *Nombre de Dios* (Macao-China) entre el 1 de febrero y el 2 de marzo de 1638, a los tres años y medio de su muerte. Se presentaron 41 testigos. Casi todos portugueses que eran comerciantes de buena posición social. Algunos eran japoneses, nacidos en Nagasaki, que habían sido desterrados a Macao por ser cristianos. Casi todos asistieron en Nagasaki a su martirio y hablan de lo que habían visto. Algunos la conocían personalmente antes del martirio; otros sólo de vista o la conocieron solamente el día de su martirio.

De los 41 testigos, 23 afirman que la sierva de Dios fue de la Religión (Orden) de los agustinos descalzos (recoletos). Quince afirman que la vieron con hábito negro ir al martirio y cuatro juran haberla visto con la correa de la Orden de San Agustín. Seis afirman haber oído que fue discípula de religiosos agustinos descalzos. Esto indica con claridad que ella era sin lugar a dudas terciaria agustina recoleta. Y así quiso morir.

También certifican que antes vivía por los bosques huyendo de los perseguidores y, cansada de ser perseguida, se presentó voluntariamente a los tiranos diciendo que era cristiana y *quería ir a gozar de Dios como gozaban los padres de su Orden*. Algunos testigos manifiestan la alegría que tenía en la cárcel por su pronto martirio y cómo al ir al lugar de su muerte iba muy contenta y animando a todos a ser cristianos. Incluso, estando ya en el tormento de la cueva, cantaba. Según el padre Andrés del Espíritu Santo, murió con otros diez cristianos.

Todos están de acuerdo en que su cuerpo fue quemado y sus cenizas echadas al mar para que los cristianos no las tomaran como reliquias. Y después de su muerte, no solo los cristianos, sino también los paganos de Nagasaki la tenían por santa y mártir. Su muerte fue realmente impactante en la ciudad de Nagasaki y hasta los verdugos se admiraron de su fortaleza y alegría.

Veamos algunos datos de lo que dicen algunos testigos del Proceso de Macao⁶³.

Manuel Ferreira Beltrán, hombre rico, de 35 años, refiere que *estaba en Nagasaki el año de seiscientos treinta y cuatro en el mes de octubre... La vio presa antes de ir al martirio, donde los tiranos le ofrecieron muchos favores para que dejase la fe, lo que ella nunca quiso hacer... Esta mártir, religiosa y profesada de la Orden de San Agustín, bautizó (muchos) infieles y hacía el oficio de cualquier padre (sacerdote), procurando traerles a nuestra fe... Esta mártir **alababa a Dios** en la cárcel..., dando la vida por Cristo a los trece o catorce días de estar colgada en la cueva.*

Alonso Gallegos dijo por verlo, por estar en Nagasaki el año de 1634, por el mes de octubre, donde vio con sus ojos llevar los tiranos al martirio de la cueva a esta mártir Magdalena por ser cristiana y confesar la fe. El testigo vio colgarla los tiranos en dicha cueva... Murió en el dicho martirio confesando la ley de Cristo que había recibido, como el testigo vio con sus ojos... Fue esta mártir para el martirio con pregón público y sentencia del juez tirano, en que decía que moría por ser cristiana. Y vio el testigo ir a esta mártir, diciendo “saraba oratio tanima sur”, que quiere decir “vosotros que quedáis, en buena hora, encomendadme a Dios”. Y esto decía a todos los que la veían... Los tiranos quemaron el cuerpo de esta mártir en compañía de otros cuerpos de mártires. El testigo vio las hogueras y arrojaron sus cenizas en el mar para que los cristianos no gocen de sus reliquias.

Juan Durôes: Vio el testigo a esta mujer Magdalena estar colgada en la cueva por los pies y con la cabeza hacia abajo y sabe que después de catorce días acabó gloriosamente... y vio el testigo ir a esta mártir diciendo por el camino, cuando la llevaban los tiranos para el martirio, a todos los que estaban presentes, así cristianos como gentiles, que ella moría **con mucha alegría** por la fe de Cristo y que aquella era la verdadera en que habían de salvarse.

⁶³ Este Proceso está escrito en portugués y se encuentra en el Archivo del Convento de los agustinos recoletos de Marcilla (Navarra). La traducción al español que usamos, es obra del padre Jesús Berdonces, OAR y está en el archivo general OAR, en Roma.

Manuel de Almeida Raposo afirma que oyó decir que era doncella y que se criara con los padres agustinos que murieron mártires en Japón, que era de la Orden de los Descalzos e iba con hábito negro y aseguró el testigo que también llevaba correa.

Luis de Ávila declaró: Esta mujer Magdalena era virgen y la vio el testigo ir hacia el martirio con hábito negro, y no sabe si era religiosa profesada de la Orden de San Agustín... Fue martirizada por ser cristiana y no querer dejar de serlo, por más promesas que el juez tirano le hiciera.

Antonio Munhós manifestó que no conoció a esta mártir en su vida, más que cuando iba hacia el martirio y de verla colgada en la cueva... La vio ir al martirio con hábito negro por encima y por debajo llevaba una camisa larga y blanca... Sabe, por haberlo oído decir a los guardas y vigilantes de esta mártir que ella, estando colgada, **alaba siempre a Dios**.

Miguel Rangel, natural de Nagasaki, dice: Al cabo de trece días acabó esta mártir en el martirio de la cueva, gloriosamente... No conocía a esta mártir antes del martirio, pero la vio en él y oyó decir generalmente en Nagasaki que esta mártir era doncella y la vio pasar para el martirio con un hábito azul oscuro.

Juan Ruiz afirma que había oído decir el padre fray Vicente de San Antonio, alias Carvalho, religioso de la Orden de San Agustín, de los descalzos, que esta mujer Magdalena era tercera de su Orden y mujer doncella.

Jerónimo da Costa vio con sus ojos martirizar los tiranos por la confesión de la fe a esta mujer japonesa, llamada Magdalena, con el martirio de la cueva... y el testigo acompañó hasta el lugar del martirio; y la vio estar colgada en la cueva y sabe, por ser cosa cierta, que al cabo de trece días dio su vida por Cristo, Señor nuestro, gloriosamente... Y oyó decir, por ser cosa cierta, que era doncella y terciaria de la Orden de San Agustín, de los descalzos, y discípula del padre fray Vicente de San Antonio, alias Carvalho, de los descalzos de San Agustín... y vio el testigo a esta mártir ir al martirio con hábito negro por encima y por abajo una camisa blanca larga.

Gaspar de Costa Taveira la vio con sus ojos estar colgada por los pies con la cabeza hacia abajo, donde acabó gloriosamente, dando su vida por Cristo, Señor nuestro, al cabo de trece o catorce días... La vio con hábito negro y sabe por oírlo decir, que era doncella y casera del padre fray Vicente de San Antonio, alias Carvalho, de la Orden de San Agustín, que fue martirizado en dicho Nagasaki, por predicador del santo Evangelio.

Manuel Caldeira: *Vio con sus ojos ir hacia el martirio de la cueva a esta mujer Magdalena, que los tiranos la llevaban en compañía de otros muchos mártires por la confesión de la fe, y la vio colgada en dicha cueva por los pies, con la cabeza hacia abajo, y, según recuerda el testigo, le parece acabó esta mártir en dicha cueva gloriosamente, dando su vida por Cristo, Señor nuestro, al cabo de trece o catorce días... Era doncella y terciaria de la Orden de los Descalzos de San Agustín..., discípula del padre fray Vicente de San Antonio, alias Carvalho.*

Juan Madeira Portalegre aseguró que *la vio ir al martirio muy alegre y contenta... Los cristianos tienen en mucha veneración a esta mártir Magdalena y buscan sus reliquias por razón de tenerla por verdadera mártir y por tal la estiman también los japoneses gentiles.*

Manuel de Siqueira dice que *murió al cabo de trece o catorce días y los cristianos la tienen por verdadera mártir y le tienen mucha veneración y como tal la buscan e invocan en sus necesidades y buscan sus reliquias.*

Antonia de Braga manifestó que *la conoció y conversó familiarmente con ella antes de ser presa y martirizada... Vivía una vida santa y religiosa y andaba mucho por los matos (montes) en compañía de los padres que allí andaban, y padecía muchos trabajos en persecuciones continuas de los tiranos... Sabe por oírlo decir que estaba en la cárcel muy alegre y contenta... y vio con sus ojos ir esta mujer hacia el martirio muy alegre y contenta, pidiendo a todos los que estaban presentes que rogasen a Dios nuestro Señor por ella... Y no sólo los cristianos japoneses tienen en mucha veneración a esta mártir Magdalena, sino también los gentiles japoneses. Los cristianos la tienen generalmente por verdadera mártir y buscan sus reliquias.*

Antonio de Oliveira Aranha, persona de mucha autoridad y hacendado, capitán del navío, afirma que *murió al cabo de trece o catorce días... Y había oído decir que los tiranos dieron a esta mártir muchos tormentos antes de martirizarla para que declarase dónde estaban los padres que andaban por allí y ella no quiso hacerlo.*

Regina Pereira, japonesa de Nagasaki, de padres gentiles, pero grandes en la casa del emperador del Japón, casada con Álvaro Pereira y cristiana, declaró que *algunas veces se había encontrado con esta mujer Magdalena antes de ser presa por causa de la fe y habló con ella; y todos decían que era mujer doncella y beata de la Orden de los Descalzos de San Agustín... Y vio a esta mujer Magdalena ir al martirio con una catambira negra (hábito negro)... y la*

vio ir para el martirio **muy contenta y alegre**, lo que es notorio y pública voz y fama.

Román Lopes vio con sus ojos martirizar los tiranos a esta mujer Magdalena y oyó decir el testigo que, al cabo de trece o catorce días, murió en dicho martirio. Cuando los tiranos la llegaban al martirio **iba muy contenta y alegre**.

Manuel Roiz Netto declaró: Vio con sus propios ojos estar colgada en la cueva, con la cabeza para abajo, la mártir Magdalena por la confesión de la fe y vio también llevársela los tiranos a hacer el dicho martirio, donde murió gloriosamente; y sabe que estuvo trece días en dicha cueva y después de eso sucedió que llovió mucha agua hasta llenarse dicha cueva por lo que dijeron los tiranos y vigías que la mártir murió ahogada... Oyó decir que era doncella y religiosa de la Orden de San Agustín... y que esta mártir fue a decir a los tiranos que ella era cristiana y, como los padres de la Orden de la que ella era religiosa, estaban gozando de Dios (el padre Jordán murió un mes después), ella no tenía qué hacer en esta vida, por cuyo motivo fue martirizada con el martirio de la cueva.

Manuel Sanhudo de Souza afirma que era virgen y religiosa profesa de la Orden de San Agustín, lo que es notorio y pública voz y fama... y quería ir a gozar de Dios como gozaban los padres mártires de su Orden y así nada tenía que hacer ella en esta vida. También oyó decir públicamente que vivía esta mártir santa y religiosamente, lo que es público y notorio... En la cárcel **alababa a Dios y se alegraba** de las tribulaciones.

Francisco Luis Leal vio con sus ojos martirizar los tiranos en odio de nuestra santa fe a Magdalena, mujer japonesa, y fue colgada por los pies con la cabeza para abajo en una cueva y estuvo en dicho martirio trece días... Y sabe, por ser cosa notoria e indudable, que esta mártir virgen y religiosa era profesa de la Orden del patriarca San Agustín, lo que es notorio y pública voz y fama... Y fue a presentarse a los tiranos diciendo que era cristiana y que quería ir a gozar de Dios nuestro Señor, como gozaban los padres mártires de su Orden, y no tenía ella qué hacer en esta vida... Y oyó decir que en la cárcel en que estaba **alababa a Dios y se alegraba** en las tribulaciones.

Domingo Gonzales Pereira, persona acaudalada, afirma: Vio con sus ojos ir al martirio a esta mujer japonesa por nombre Magdalena por la confesión de la fe y la vio el testigo colgada por los pies en la cueva en compañía de los demás mártires, y en dicho martirio murió gloriosamente... Sabe por haberlo oído decir que era virgen y religiosa profesa de la Orden de San Agustín... Fue a

*manifestarse al juez tirano diciendo que era cristiana y quería ir a gozar de Dios como gozaban los padres de su Orden y que nada tenía que hacer en esta vida. De la misma manera oyó decir que vivía santa y religiosamente. También oyó decir que antes de ir esta mártir para el martirio de la cueva, fue atormentada con varios tormentos de agua y bambúes cortados, metiéndoselos por las uñas, a fin de hacerle volver atrás y dejar la fe. Y todo lo sufrió esta mártir con grande ánimo y valor, diciendo que del cuerpo podían los tiranos hacer lo que quisiesen, pero del alma no, porque era ya de Cristo Señor nuestro, lo que es notorio y pública voz y fama... Fue condenada a muerte por recibir (la ley de Cristo) y no querer dejarla, confesándola a voces desplegadas, despreciando muchas y grandes promesas que los tiranos le hacían, y de casarla con los más principales señores, antes bien respondió que estaba ya casada y desposada con Cristo Señor nuestro... Sabe, por ser cosa cierta e indudable, que **alababa a Dios** esta mártir, estando en la cárcel y **se alegraba** en las tribulaciones y así murió gloriosamente en el martirio de la cueva... y la vio el testigo ir para el martirio **muy alegre y contenta**, diciendo a todos que se convirtiesen a la ley de Cristo, que era la verdadera, en que se habían de salvar.*

Y declaró el testigo que había oído decir que, estando colgada en la cueva con las manos atadas y con dos tiranos de vigías, sin poder llegar persona alguna, por dos o tres veces (la vieron) con las manos sueltas, y decían ser cosa milagrosa, y preguntando los vigías a la dicha mártir si, quería volver atrás, decía ella que no, pero que tenía sed, y diciéndole los mismos vigías si quería agua, ella dijo que no era esta su sed y que Cristo nuestro Señor le daría el agua que ella quería, y así, al cabo de trece días que ella estaba colgada, llovió mucha agua y se llenó la cueva con la cual se ahogó.

Francisco Gonzales vio con sus ojos martirizar los tiranos en el martirio de la cueva, colgada por los pies, en odio de nuestra santa fe, a una mujer japonesa, llamada Magdalena y estuvo en el dicho martirio trece días y al cabo llovió mucha agua y por llenarse la cueva de agua, murió esta mártir ahogada en ella... Sabe por haberlo oído decir que esta mártir era doncella y religiosa profesa de la Orden de los Descalzos de San Agustín... Oyó decir que esta mártir, estando en la cárcel **alababa a Dios y cantaba loores**, esperando la hora de su martirio, y del mismo modo, oyó el testigo decir que esta mujer predicaba a los infieles diciendo que recibiesen la ley de Cristo, que era la verdadera en que se habían de salvar... Murió gloriosamente en dicho martirio, ensalzando la fe, y el testigo vio quemar a los tiranos el cuerpo de esta mártir y arrojar sus cenizas al mar para que los cristianos no tengan sus reliquias ni las veneren.

Juan Caldeira: Vio con sus ojos llevar los tiranos para el martirio de la cueva a una mujer japonesa llamada Magdalena por ser cristiana... acabó

*gloriosamente confesando la fe, al cabo de catorce días y oyó el testigo a los vigías y guardas que la hallaron muchas veces a esta mártir sentada y con la manos puestas encima de dicha cueva, rezando con unas cuentas hechas de papel, siendo así que la colgaron con las manos atadas, lo que es notorio y pública voz y fama... Y sabe que esta mártir Magdalena era mujer virgen, que nunca conoció varón, y que era religiosa profesa de la Orden de San Agustín, y el testigo solamente la conoció de vista, yendo para el martirio... Sabe por haberlo oído decir que vivía siempre santa y religiosamente... y la vio ir al martirio con hábito negro y correa... Y vio con sus ojos ir esta mártir hacia el martirio con pregón público y sentencia de juez tirano y a ella pidiendo a los cristianos que la encomendasen a Dios. Oyó el testigo decir que, estando esta mártir en la cárcel, **alababa a Dios y se alegraba** en las tribulaciones.*

Antonio Ferreira de Carvalho dijo ser persona bien acaudalada y vio con sus ojos por el mes de octubre que llevaban los ministros tiranos para el martirio de la cueva por la confesión de la fe a Magdalena, mujer japonesa... y oyó el testigo decir que era doncella y profesa de la Orden de San Agustín y vio ir a esta mártir hacia el martirio y oyó también decir que ella fue a ofrecerse y decir a los gobernadores de Nagasaki que era cristiana... Vivía santa y religiosamente... Iba diciendo por el camino (al martirio) que la encomendasen a Dios, lo que es notorio y pública voz y fama... Y sabe, por verlo, que murió gloriosamente, ensalzando la fe católica... y los cristianos tienen en mucha veneración a esta mártir Magdalena y buscan sus reliquias y la tienen por verdadera mártir.

Antonio Pereira declaró: *Vio con sus ojos llevar los tiranos al martirio de la cueva a esta mártir Magdalena... Y vio el testigo invocar esta mártir en dicho martirio a la Virgen María, Madre de Dios... Y el testigo vio a esta mártir ir al martirio en un hábito negro... Esta mártir Magdalena **alababa a Dios** en la cárcel... Y cuando iba al martirio oyó el testigo decir a dicha mártir e invocar a Jesús. Y lo mismo hacía, estando colgada en la cueva, invocando también a la Virgen Madre de Dios... Vio el testigo quemar los tiranos el cuerpo de esta mártir y arrojar sus cenizas en alta mar para que los cristianos no tengan sus reliquias ni las veneren... y el testigo tiene algunas de esta mártir, además de las que repartió, que con sus diligencias y dádivas las pudo adquirir.*

Antonio Neretti, que por muchos años fue intérprete de la lengua japonesa para los portugueses en el gobierno de Nagasaki, dice: *Antes y después de ser martirizada la conoció de vista y habló una vez con ella, y oyó siempre decir que era doncella... También oyó decir que esta mujer Magdalena servía siempre a los padres que estaban en Japón, que después murieron todos martirizados por la confesión de la fe; y que vivía ella bien, siendo de buena vida*

y costumbres... Le cogieron los gobernadores un libro espiritual, hecho por el padre fray Luis de Granada y un calendario para saber los días santos y de guardar. El testigo fue llamado por dichos gobernadores para que viese los dichos libros, si eran cosas que perjudicaban su gobierno, y el testigo les declaró qué libros eran... También sabe, por verlo, que los mismos gentiles japoneses la tienen en mucha veneración, y los propios ministros tiranos se espantaron al ver el ánimo y constancia con que moría por Cristo, y el testigo, de propósito, preguntó a los verdugos sobre la constancia de esta mártir y todos confesaron que era insigne mártir.

Isabel Cordeira, japonesa, desterrada a Macao por la fe cristiana y que había vivido siempre en Nagasaki por haber nacido en esta ciudad, nos declara: *La vio llevar el martirio y fue a ver dónde estaba colgada por los pies con la cabeza hacia abajo en la cueva y sabe, por decirle los guardias de la vigilancia que vivían en casa de la testigo, que al cabo de trece días acabó en dicho martirio... Dijo que conocía a esta mujer Magdalena antes de ser presa y conversaba con ella muchas veces y sabe que era religiosa de la Orden de los Descalzos de San Agustín; y oyó decir generalmente que era mujer doncella... Y sabe, por verlo y conocer a esta mujer, que vivía siempre santamente... Y vio a esta mujer **muy contenta y alegre** en la prisión en que estaba y de la misma manera la vio yendo hacia el martirio con hábito negro.*

Magdalena de Araujo, japonesa de Nagasaki, refiere que *conversó familiarmente con esta mujer Magdalena. Siempre fueron amigas y compatriotas, y sabe ser doncella y terciaria de la Orden de los Descalzos de San Agustín... y que siempre vivía vida religiosa y fue ella a ofrecerse y presentarse al juez tirano, diciendo que era cristiana.*

Lucía Borges, también japonesa de Nagasaki, dijo que *sabe por verlo que esta mujer Magdalena tuvo gran amistad y familiaridad con la testigo, mucho antes de ser martirizada y presa por causa de la fe; y que era fama pública que era doncella y terciaria de la Orden de los Descalzos de San Agustín... y que la conocía por mujer de buena vida y costumbres... También oyó la testigo decir a los guardas que venían de la prisión que esta mujer estaba en ella **muy contenta y alegre, alabando a Dios, nuestro Señor.***

Lopo Sarmiento, portugués, capitán de navío, certifica que *murió esta mártir en el martirio de la cueva gloriosamente, dando su vida por Cristo Señor nuestro con grande ánimo y valor, que causó espanto a todos los que la vieron y oyeron y hubo cosas maravillosas en su martirio, en que estaba colgada por los pies en dicha cueva... Iba al martirio **muy alegre y contenta y siempre estuvo así contenta en la cueva, donde estaba sufriendo el martirio,***

Antonio Garcés, natural de Nagasaki, desterrado por su fe cristiana, dice: *Conocía a esta mujer Magdalena antes del martirio por razón de venir ella algunas veces a casa del testigo en dicho Nagasaki a hablar con su madre, Lucía Borges, y oyó el testigo decir generalmente que era doncella y terciaria de la Orden de San Agustín de los Descalzos y que el padre fray Vicente de San Antonio, alias de Carvalho, de la misma Orden, le vistió el hábito, el cual padre sabe el testigo que murió mártir por la confesión de la fe y predicación del sagrado evangelio en dicho Nagasaki, quemado vivo... Y sabe que esta mujer vivía siempre vida santa y el testigo la vio ir al martirio con hábito negro y **muy contenta y alegre**... Y oyó decir a los que venían de la cárcel, donde estaba presa, que estaba ella **muy contenta y alegre**.*

Úrsula Torres, japonesa y natural de Nagasaki, de padres japoneses, afirma que le contaron los vigías que *algunas veces había dicho esta Magdalena, estando colgada en la cueva: “¿Queréis oír una canción?”*. Y diciendo ellos que sí, *cantó enseguida mil cánticos de alabanzas a Dios nuestro Señor en lengua japonesa, lo que es notorio y pública voz y fama.*

18. RESUMEN DE SU VIDA

Magdalena nació en Nagasaki o en un pueblo muy cercano. Era de familia noble y rica. Tenía una buena cultura, ya que, no sólo sabía leer y escribir en japonés, sino también en latín, español y portugués; ya que en la cárcel le decomisaron *un libro espiritual hecho por el padre fray Luis de Granada y un calendario para saber los días santos y de guardar*⁶⁴.

Todos hablan de su belleza y juventud. Al tiempo de su muerte tenía entre 18 y 22 años. Los que la conocieron personalmente aseguran que era una doncella. Había consagrado a Dios su virginidad desde temprana edad y era considerada por todos como una mujer santa y de buenas costumbres. Al morir mártires sus padres y hermanos estuvo algún tiempo, ayudando a los padres Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, como intérprete y catequista, bautizando a muchos por su propia mano. Según los testigos del Proceso, era casera y acompañante especial del padre Vicente.

Era tiempo de persecuciones y vivía por los montes acompañando a los religiosos agustinos recoletos y padeciendo con ellos muchas penalidades por amor a Dios. Así se fue fortaleciendo en la fe, preparándose para dar un día su vida por su esposo Jesús.

⁶⁴ Testigo Antonio Neretti.

Mientras estuvo por los montes con los padres, recibió el hábito de agustina recoleta y, después de un año de probación, hizo su profesión como terciaria. Después del martirio de sus padres espirituales Francisco y Vicente en septiembre de 1632, fue dirigida espiritualmente por los agustinos recoletos, recién llegados a Nagasaki, padre Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás. Ellos murieron a los tres meses de llegar, el 11 de diciembre de 1632. Entonces al encontrarse sin guía espiritual, aceptó al padre Jordán de San Esteban como su director, y aceptó recibir de él el hábito de terciaria dominica, ya que no veía contradicción en pertenecer a la vez a dos familias religiosas. Sin embargo, no llegó a profesar, pues encarcelaron al padre Jordán y ella se presentó a los jueces, que la metieron en la cárcel y la llevaron al martirio en octubre de 1634, un mes antes del martirio del padre Jordán.

Su amor a sus primeros padres espirituales y a la Orden de agustinos recoletos nunca lo perdió y, cuando la llevaron al martirio, quiso manifestar públicamente que era terciaria agustina recoleta, llevando el hábito negro y la correa de la Orden.

Mientras estuvo en la cárcel fue consuelo y alegría para todos. Cantaba con su melodiosa voz y, al cantar himnos y salmos en honor del Señor, era tanto el amor que ponía que algunos creen que estaba en éxtasis. Así lo dice el padre Andrés del Espíritu Santo en su *Relación simple: Quedaba muchas veces arrobada con notable admiración de los que la veían*. Lo mismo repite el padre Luis de Jesús. El padre Andrés de San Nicolás en su himno del año 1656 escribe:

*Luego en éxtasis sublime,
en alto ven que se eleva.*

Durante su estancia en la cárcel, el tirano quiso hacerla renegar de la fe y le ofreció un buen casamiento, pero ella respondía que ya estaba casada con el rey del cielo, Jesucristo nuestro Señor. Entonces la sometió a crueles tormentos, haciéndola beber grandes cantidades de agua y después hacérsela vomitar, poniéndole pesos en el vientre y colocándola boca abajo. Otro de los tormentos fue meterle cañas de bambú cortadas, como si fueran agujas, por los dedos entre uña y carne. Al ver el tirano que no podía doblegarla, decidió terminar con ella y la condenó al martirio de las cuevas o de la fosa.

Todos aseguran que iba por el camino el martirio cantando y diciendo a todos que moría por ser cristiana y que recibiesen la fe católica, que era la única para salvarse. También pedía que orasen por ella a fin de que el Señor le diera la fortaleza necesaria para ofrecerle la vida hasta el final.

Llevada al lugar del martirio, la metieron boca abajo en un hoyo, de modo que la mitad hasta la cintura estaba en la fosa, ajustado el cuerpo con tablas para que no pudiera moverse. Los guardias la custodiaron hasta su muerte para que nadie se acercara a ella. Sin embargo, Dios manifestó su gloria con algunas señales maravillosas. El testigo Juan Caldeira *oyó a los guardas que la hallaron muchas veces a esta mártir sentada y con las manos sueltas, encima de dicha cueva, rezando con unas cuentas hechas de papel, siendo así que la colgaron con las manos atadas.*

Úrsula Torres dice algo todavía más hermoso: *Le contaron los vigías (guardias) que algunas veces había dicho esta Magdalena, estando colgada en la cueva: ¿Queréis oír una canción? Y diciendo ellos que sí, cantó enseguida mil cánticos de alabanzas a Dios nuestro Señor en lengua japonesa.*

Realmente algo milagroso, que estando boca abajo sin comer ni beber en varios días y perdiendo continuamente sangre por la boca, nariz y oídos, pudiera cantar y con una voz que dejaba admirados a los que le escuchaban.

Otro hecho milagroso fue el haber podido sobrevivir más de trece días al tormento de la cueva. De todos los casos de mártires conocidos, que sufrieron este tormento, la mayoría aguantaba tres o cuatro días. Algunos pocos siete u ocho días. Un caso aparece de hasta once días ⁶⁵. Pero ella se lleva la palma del primer puesto, pues estuvo al menos trece días sin haber comido ni bebido como un milagro patente de Dios y ni siquiera murió de este tormento, sino que, habiendo llovido la noche anterior, murió ahogada.

Después de su muerte, todos sin excepción, cristianos y paganos, la tuvieron como una verdadera santa y mártir y buscaban sus reliquias. Hasta los mismos guardas, según declara el testigo Antonio Neretti, intérprete oficial del gobernador de Nagasaki, reconocieron que *era una insigne mártir.*

Magdalena fue beatificada en un grupo de 16 mártires del Japón por el Papa Juan Pablo II el 18 de febrero de 1981 en Manila (Filipinas). Y fue canonizada por el mismo Papa Juan Pablo II en Roma el 18 de octubre de 1987.

⁶⁵ Puede verse al respecto el *Martirologio del Japón* del padre Juan Ruiz de Medina, Institutum historicum s.j., Roma, 1999, pp. 697-757.

19. MAGDALENA DE LA ALEGRÍA

Santa Magdalena de Nagasaki nos deja un mensaje para todos: *Vale la pena vivir para Dios y dar la vida por él.* Ella fue la alegría de los tristes en la cárcel. Ella iba alegre al martirio e, incluso, en medio de los tormentos cantaba al Señor. A ella la podemos llamar la *santa Cecilia japonesa*. Ella es *santa Magdalena de la alegría*, pues supo con la gracia y fortaleza recibidas de Dios, dar aliento, ánimo y alegría a los tristes que encontró en el camino de su vida.

Ella fue una sonrisa de Dios en la tierra, un pedacito de cielo en la vida de los hombres, una luz que sigue brillando para los que están en la oscuridad de la depresión, del pesimismo o de la desesperación. Ella nos señala al cielo, nos indica que más allá de las tristezas de este mundo hay una luz, que más allá de las estrellas está un padre amoroso que nos espera, que esta vida es pasajera y debemos vivir en una perspectiva de eternidad.

Ella, la abogada de los tristes, nos quiere ver sonrientes, aun en medio del dolor. Y, si humanamente no es fácil sonreír ante el sufrimiento, al menos que sepamos ofrecerlo con amor para darle un sentido sobrenatural y así sentir que nuestro dolor tiene un gran valor ante Dios para la salvación del mundo.

Y nosotros, cuando encontremos a alguien desesperado de vivir, digámosle que, a imitación de ella, mire al cielo, que allí está el padre Dios y en Él encontrará el sentido de la vida, la plenitud del amor y la alegría y felicidad que quizás no ha encontrado en este mundo, pero que Dios le quiere regalar para toda la eternidad.

Santa Magdalena de Nagasaki, Magdalena de la alegría, danos la gracia de acompañarnos en los momentos difíciles de la vida y poder mirar al cielo para sonreír a nuestro padre Dios, que nos mira con amor y nos espera con los brazos abiertos como te esperó a ti.

20. HIMNO A SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

El padre Andrés de San Nicolás (1617-1666), agustino recoleto, escribió un bello himno de 270 estrofas en dímeter yámbico latino en honor de nuestra santa, cuya vida y muerte había impresionado vivamente a los habitantes de Nagasaki. Él puso por título *Proventus messis dominicae* y fue publicado en Roma en 1656. Este himno ha sido traducido del latín al español por el jesuita padre Manuel Briceño Jáuregui y publicado en *Thesaurus*, boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XLII, Bogotá, año 1987. Nosotros presentamos un extracto:

*En Nagasaki nacida
de la más alta nobleza,
sus padres vivido habían
en el seno de la Iglesia...*

*Luego entregaron su vida,
con hijos y parentela,
después de sufrir brutales
tormentos con fortaleza...*

*La niña con voto obligase
a virginidad perpetua
por la cual la vida humana
se iguala a la vida angélica...*

*Un gran Patrono ha elegido
experto en tales querencias
que a todos sus seguidores
el buen camino demuestra.*

*Es el Padre Aurelio ⁶⁶, el mismo
que con caridad inmensa
gérmenes de santidad
produjo con su áurea Regla.*

*Francisco otórgale el hábito
negro, de anacoretas,
y de máxima alegría
rebosa la virgen nuestra.*

*De su santa probación
cumple fiel la etapa entera.
Profesa. Y, bañada en lágrimas,
se da al Dios de cielo y tierra...*

*Apenas Francisco capta
el celo de Magdalena
la destina como dóxico ⁶⁷,
feliz con tal misionera...*

⁶⁶ San Agustín.

⁶⁷ Catequista.

*Ocupada en este oficio
vive la noble doncella
y, prudente, a los paganos
sus malos usos reprueba.*

*La persecución se ensaña
con las sencillas ovejas
del rebaño, y como a víctimas
fatales se les golpea.*

*Francisco y Vicente dan
fiel testimonio en la hoguera:
rubricando las palabras
con la vida como prueba.*

*Se ve obligada a dejar
la ciudad y a una desierta
región dirigirse, triste,
sin consuelo, pobre huérfana...*

*Habita grutas salvajes,
vive tan solo de hierbas,
desgarra su cuerpo muelle
con rigor y penitencias.*

*Bajar hasta Nagasaki
y allí predicar desea,
y echar en cara al tirano
su crueldad y fiereza.*

*Mas habrá que diferirlo
le sugiere la prudencia,
porque pobres y exiliados
le reclaman su presencia...*

*Y si bien permanecía
de los montes en las cuevas,
ganó a muchos descarriados
y bárbaros su elocuencia...*

Oídme, ya, japoneses,

*os traigo la Buena Nueva:
que la sola salvación
es de aquel que en Cristo crea...*

*A su ardor el alma fría
de las gentes se deshiela,
piden muchos el bautismo
que es conferido por ella.*

*Y casi dos años íntegros
permaneció así encubierta,
lejos de preocupaciones,
a santas obras atenta.*

*Entretanto a Nagasaki
vino Uneme con fiereza
y oprimía a los cristianos
persecución más severa...*

*De la furia del tirano
escucha hablar Magdalena
y no existe ya dolor
más hondo que la conmueva.*

*El santo amor del Esposo
la hierde al ver que doquiera
la ley de Dios se quebranta
y la grey anda dispersa.*

*Determina a la ciudad
ir y en pública asamblea
confesar su fe y al déspota
reprochar por su vileza...*

*Al severo tribunal
del tirano con presteza
se aproxima y ante él
le dice con voz severa:*

*He nacido en Nagasaki
mi ciudad, y es mi grandeza
ser cristiana y me glorío*

de ventura tan risueña...

*Fueron Francisco y Vicente,
quienes las leyes de Cristo
me enseñaron por clemencia.*

*Tú oprimes sus seguidores,
¿por qué con rabiosas penas
y como unos criminales
sin pan en cárcel encierras?*

*¿Por qué en las aguas ardientes
y sulfurosas los quemas?
Los huesos se ven sin carne
y las vísceras se muestran...*

*Obligas a las mujeres,
encinta bastantes de ellas,
a que por sus tiernos párvulos
apostaten a la fuerza...*

*El cruel tirano a la virgen
oyó con mirada atenta
y todos los circunstantes
vieron temblar su rudeza...*

*Quiso al punto como loco
con palabras convencerla:*

*No niego que tu familia
es de muy alta nobleza,
yo mismo ya lo sabía
y así todos lo confiesan.*

*Te adorna inmenso candor
y eres una mujer bella,
grata, graciosa y amable
y de elegantes maneras...*

*Te prepararé unas nupcias
dignas de ti, y tu pareja
será rica y conocida*

de la gente japonesa.

*Te llenaré yo de honores
que disfrutes y riquezas
y alhajas tales que nunca
has visto ni por sospecha.*

*Oyendo a Uneme quedóse
silenciosa Magdalena,
y él se fiaba en persuadirla
con esas palabras pérfidas.*

*Con todo, ansiosa de amor
en tan temible pelea
dio al engañoso tirano
estas voces por respuesta:*

*Todo cuanto has dicho, oh juez,
lo escuché con reticencia.
Préstame atención ahora,
cuando expongo mis ideas...*

*Me alabas porque en mi cuerpo
hallas natural belleza:
más bien permite a tu mente,
viendo el cielo, hacerse bella.*

*Porque estas cosas que ves,
son, más que el humo, ligeras,
y derriban acremente
los boatos y grandezas...*

*Me prometes que celebre
nupcias felices, pareja
de gran alcurnia y de todos
el más conocido sea.*

*Prevenida estoy a fondo,
pues otro ya estuvo alerta:
soy Esposa del Eterno,
el que es todo Omnipotencia.*

*Es a quien vivo buscando,
cuyo amor es mi flaqueza,
descanso con sus ardores,
y es quien mis brazos esperan.*

*Es el Esposo pulquérrimo
que elegí por su belleza,
su hermosura sobresale
como no sabré exponella...*

*El tirano se enfurece
oyendo tales respuestas,
y fuera de sí al instante
llevarla a prisión ordena...*

*De lo más hondo del pecho
recita salmos, poemas,
canta alegre y con suspiros
invoca a Dios la doncella.*

*Luego en éxtasis sublime,
en alto ven que se eleva,
y ante el prodigio le temen
los guardias que la rodean.*

*En su locura inhumana
el juez Uneme condena
a que sufra de inmediato
brutales suplicios ella.*

*Un criado en la boca luego
a derramar agua empieza
y, lleno el vientre, en seguida
de uno y otro pie la cuelgan,*

*para que así con crueldad
las entrañas eche fuera,
y que termine la vida
sin proferir una queja...*

*Por fin pide el impío traer
varas finas como leznas*

*y clavarlas en las uñas;
para la carne: tejuelas...*

*Sangre roja cual la púrpura
manan esas carnes tiernas:
la virgen fiel permanece
y al celeste Esposo espera.*

*La joven esas heridas
como collares le muestra,
y a las gotas de su sangre
les dice joyas espléndidas...*

*Luego se convocan tropas
con armas las más certeras
por que rodeando a la virgen
el término le confieran.*

*Avanza con sus vestidos
propios para tal escena,
bien ceñida la cintura;
la ciudad acude entera.*

*El clamor del pregonero
rompe el aire, la sentencia
del juez se escucha potente
en contra de Magdalena...*

*En tanto el pregón anuncia,
la virgen clama serena:
venid todos, japoneses,
oíd mi voz evangélica.*

*No queráis que el mundo vil
os engañe con sus tretas;
la cruz y la fe son áncoras
que al propio Dios os acercan...*

*En tanto que esto decía
suplicaba que pidieran
los fieles al Dios Altísimo
con oraciones por ella...*

*Preparada estaba allí
una horca con sus cuerdas,
y al pie una fosa profunda
disimulada con leña.*

*La suspenden del patíbulo
con ataduras violentas,
los pies arriba colocan
y hacia abajo la cabeza...*

*El breve curso del tiempo
pasó veloz su carrera
cuando los rudos guardianes
entrebrieron una puerta.*

*Mas contemplan a la virgen,
atónitos, sin cadenas;
mudos, no saben qué hacer
por lo que acá sucediera.*

*Pasado el primer momento
con voz amable la increpan,
si en vez de sufrir prefiere
dejar su ley extranjera.*

*A falta de persuasión
los refuta a su manera
y los exhorta a que abjuren
del yugo de las tinieblas;*

*y que tiene mucha sed
les dice a los centinelas.
Un vaso le ofrecen de agua
a la garganta que beba.*

*Esta sed que me devora,
responde en seguida ella,
no se apaga con esta agua
sino con otra, la eterna.*

Esa que Cristo prepara,

*mi dulce Esposo, con esa,
que yo beberé, y ya nunca
mi garganta estará seca.*

*Cantaré a Cristo y mis voces
han de oír vuestras orejas;
de lo íntimo de mi pecho
llamaré que me defienda.*

*Desde entonces dulcemente
como de un ángel su lengua
entonaba dulces cánticos.
La quietud era tremenda,*

*pues al punto conocieron
(aun cuando bárbaros eran)
**que esas voces no emitía
una garganta terrena.***

*Atan, de nuevo, las manos,
como antes, a la doncella;
clausuran el antro tétrico
porque respirar no pueda.*

***Con más canciones prosigue**
salidas de su alma tierna,
de invocar los dulces nombres
de María y Jesús no cesa.*

*Por segunda vez descubren
la fosa, y ven la doncella
que está con las manos libres
y que nada las aprieta.*

*Más ferozmente otra vez
la amarran, con mayor fuerza,
y con cerrojos de hierro
aseguran la caverna.*

*Sonoras voces escuchan
que repite Magdalena
dulcemente, y aterrados,*

se miran los centinelas.

*Abren de nuevo la fosa
para observar qué acontezca
y los lazos de las manos
los ven echados por tierra.*

***Y en el suplicio cantando
así suspendida queda.***

*Suspendida trece días,
pasados sin una queja,
que en medio del sufrimiento
permanece tan contenta...*

*En todo ese tiempo nada,
ni un bocado probó ella;
en ese suplicio, nada,
ni una gota de agua fresca...*

*Desatóse por entonces
una tempestad tremenda,
que inundó de agua la fosa.
Allí expiró la doncella*

*para subir al Esposo
por un camino de estrellas,
al Esposo a quien amaba
con ansia imperecedera.*

*El cuerpo echarlo a las llamas
Uneme furioso ordena
y que al punto sus cenizas
se arrojen al mar sin pena.*

*Se cumple su voluntad,
aquella ordenanza pésima.
A Dios la gloria, su fuego
de todos el pecho encienda. Amén.*

Fray Andrés de San Nicolás ⁶⁸.

⁶⁸ Escrito hacia 1650 y publicado en Roma en 1656.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído algunos detalles de la gran epopeya de los mártires japoneses, podemos sentirnos orgullosos de ser católicos por tener tantos santos que han vivido su fe en plenitud.

Entre los miles de mártires japoneses, unos 30.000, contando los 20.000 ancianos, mujeres y niños que eliminaron por ser cristianos después de la batalla de Shimabara, la Iglesia he reconocido la santidad de algunos de ellos.

El Papa Urbano VIII beatificó a 23 mártires franciscanos el 14-15 de septiembre de 1627 y a tres jesuitas en 1629. Estos 26 que había padecido el martirio juntos el año 1597 fueron canonizados por el Papa Pío IX el 8 de junio de 1862. El mismo Papa Pío IX beatificó el 7 de julio de 1867 a 205 mártires del Japón. El Papa Juan Pablo II canonizó a 26 de ellos el 18 de octubre de 1987, entre los cuales estaba nuestra santa. Igualmente el Papa Benedicto XVI el 24 de noviembre del 2008 beatificó a 188, todos ellos japoneses, de los que 183 eran laicos.

Entre los 188 mártires beatificados por Benedicto XVI el 2008 destacan Tomas de trece años y Pedro de cinco o seis años. Este niño, Pedro Hatori, es un caso emblemático. Vestido con su kimono de fiesta en el lugar del suplicio, se acercó al cadáver de su padre, martirizado momentos antes, se bajó el kimono de los hombros, se arrodilló, juntó las manos para orar y presentó el cuello desnudo ante los verdugos. Estos no acertaron en el primer golpe, hiriéndolo en el hombro y tumbándolo a tierra, de donde se levantó para seguir arrodillado en oración. Murió decapitado, pronunciando los nombres de Jesús y María⁶⁹.

Todavía la Iglesia puede canonizar a muchísimos más, pues los misioneros tuvieron el cuidado de anotar sus nombres y los detalles de su martirio. La Iglesia católica del Japón puede sentirse orgullosa de tanta sangre derramada por Cristo y que esperamos que algún florecerá en frutos de santidad y en gran número de cristianos en el país del Sol naciente.

Entre los santos mártires japoneses destaca como una flor hermosa santa Magdalena de Nagasaki. Ella le cantaba a Dios en medio de los tormentos. Ella fue la alegría de Dios y de los hombres. Ella vive en medio de nosotros y nos anima a ofrecer con alegría nuestros sufrimientos. Ella es *Magdalena de la alegría* para todos.

⁶⁹ L'Osservatore Romano en español del 28 de noviembre del 2008.

BIBLIOGRAFÍA

- ADUARTE Diego, *Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de predicadores en Filipinas, Japón y China*, Manila, 1640.
- ANDRÉS de San Nicolás, *Proventus messis Dominicae fratrum excalceatorum Ordinis Eremitarum sancti Augustini Congregationis Hispaniae, labore perceptus*, Roma, 1656.
- ANDRÉS del Espíritu Santo, *Relación simple de nuestros VV. mártires del Japón*, año 1640. Está en el Boletín de la provincia de San Nicolás de Tolentino de 1967.
- AGUSTÍN de Ósimo, *Historia de los 26 mártires japoneses (5-2-1597)*, publicada en italiano en 1862 y en español en México en 1871.
- Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Dominici Ibáñez de Erquicia o.p., et XVI sociorum. Positio super introductione causae et martyrio ex officio concinnata*, Roma, 1979.
- BOXER Charles Ralph, *The Christian Century in Japan (1549-1650)*, university of California press, 1967.
- DELCROIX Victor, *Les Martyrs du Japon*, 1863.
- DELPLACE Louis, *Le Catholicisme au Japon*, Librairie Albert Dewit, 1908.
- ENDO Shusaku, *The Final Martyrs*, London, 1994.
- ENDO Shusaku, *Silencio*, Edhasa, Barcelona, 2009.
- FERNÁNDEZ Jenaro, O.A.R., *Bullarium Ordinis Recollectorum S. Augustini*, tomo II, Roma, 1961.
- FRÓIS Luis, *Historia de Japón*, I-V, editada por José Wicki, Lisboa, 1976-1984.
- HARTMANN Arnulf, O.S.A., *The Augustinians in seventeenth Century in Japan*, Ontario, 1965.
- LAURES Joannes, S.J., *The Catholic Church in Japan*, Tokyo, 1954.
- LUIS de Jesús, *Crónicas o Historia de los Agustinos Descalzos (1621-1650)*, tomo II, Madrid, 1681.
- Manilen. et Macaonen., *beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Martini a S. Nicolao et Melchioris a S. Augustino. Positio super martyrio ex officio concinnata*, Roma, 1986.
- MURDOCH James, *A History of Japan during the Century of early foreign intercourse (1542-1651)*, Nagasaki, 1908.
- PAGÉS León, *Histoire de la Religion Chrétienne au Japon depuis 1598 jusqu'à 1651*, 2 vol, Paris, 1869-1870.
- Proceso de Macao sobre Magdalena de Nagasaki, del año 1638. Está en el Archivo del convento de Marcilla (Navarra) de los agustinos recoletos.
- RODRIGO Romualdo, O.A.R., *Fuentes sobre los religiosos agustinos recoletos martirizados en el Japón*, Roma, 1985.
- RODRIGO Romualdo, *Una mártir japonesa, santa Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta*, Roma, 1967.

